This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

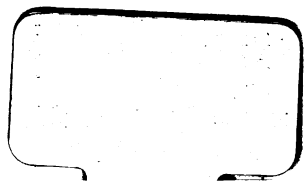
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Vet. Span. III B. 124



CAIN, PIRATA.

Cuadro de introduccion al drama en tres actos

TITULADO

UN AÑO Y UN DIA.

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
CAIN, *capitan pirata.*	*Señor Lopez.*
RODULFO.	*Señor Latorre.*
ELENA.	*Señora Lamadrid, B.*
PEDRO.	*Señor Pizarroso.*
TOMAS.	*Señor Lumbreras.*
UN MARINERO DE LA MARINA REAL.	*Señor Espontini.*

DOS MARINEROS PIRATAS. — DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII.

---

3 1 JUL
OF OXFORD
BRARY

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Introduccion.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo. Rocas á la derecha. La accion empieza al anochecer de un dia de Junio.

ESCENA PRIMERA.

(*El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.*)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!
no es esta vida salvage
para quien ha estado siempre
entre seres racionales.
Ello es verdad que no habiéndolos
aqui, tampoco hay percances
de escribanos ni alguaciles...
y esto, ¡qué diablo! algo vale.
Aqui nadie me pregunta
ni exige pruebas legales
que acrediten que soy Pedro,
Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
mi oficio, mi ocupacion,
qué casa vivo y qué calle.
Todo eso es verdad, sin duda,
y una ventaja muy grande
para hombres que como yo
no gustan de que se hable

mucho de ellos: mis asuntos
al cabo á nadie le atañen.
Pero ajustando las cuentas
en limpio, y por otra parte
viendo el negocio, es muy duro
que un hombre la vida pase
como un lobo entre las peñas,
los espinos y los árboles,
durmiendo en una caverna,
de peces alimentándose,
y esperando á que la mar
le arroje algo que le cuadre,
presa arrancada á otro pobre
por traidores temporales.
¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
hizo noche á media tarde.
Esto va malo, Perico...
mas de la vista al alcance
flota en el agua un objeto,
dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,
Levante amigo, que empujas
hácia tierra el oleage.
Y es un barril... ¡haga el diablo
que no sea de vinagre,
que á fé que no necesito
ácidos que abran el hambre!
¡Hola, hola, y cómo pesa!
y allí viene un cajon grande,
y mas allá veo un fardo
y otro barril; ¡oh santo ángel
de mi guarda! y esto es vino,
y esto pólvora.

VOZ EN EL MAR. ¡Amparadme,
Santo Dios!

PEDRO. ¡Cielos, qué acento!

VOZ. ¡Ay de mí!

PEDRO. (*Mirando.*) Del agua sale:
¡oh! sí, lo veo, es un náufrago.
(*Haciendo seña con las manos.*)
¡Eh! buen hombre, ánimo; nade
un poco mas, y está en salvo.
No me escucha... ¡Oh! se desase

del palo á que se agarraba;
no puede mas... á salvarle
voy, si es que alcanza su vida
hasta que llegue á esperarme.

(*Se arroja al mar, y queda un momento sola la escena.*)

ESCENA II.

PEDRO. ELENA.

(*Pedro trae á Elena desmayada y la pone sobre las piedras.*)

PEDRO. Dios quiera que aun sea tiempo
de salvarla... ¡Oh! hubo un instante
en que temí por los dos
del agua con los embates!
¡Infeliz! perdió el sentido
antes de que yo llegase,
y ya á merced de las olas
estaba próxima á ahogarse.
Si un sorbo de vino al menos
pudiera hacer que tragase.
¡Vamos á ver!

(*Toma una concha, vierte en ella unas gotas del licor que contiene el barril y se lo hace tragar.*)

ELENA. ¡Ay!

PEDRO. Respira.

ELENA. ¡Dónde estoy!

PEDRO. En un parage
seguro ya, aunque no ofrece
sobradas comodidades.
Ea, bebed; que ahora es fuerza
reponerse y calentarse,
porque el baño ha sido largo
y peliagudillo el lance.

ELENA. Y vos, hombre generoso,
que sin duda por salvarme
vuestras ropas aún mojadas
muestran que al mar os echásteis,
¿quién sois? ¿qué pais es este?

PEDRO. Contestacion no muy facil

tienen esas dos preguntas,
señora... mas escuchadme,
aunque no den mis palabras
gran consuelo á vuestros males.
La tierra en que estais es una
de las Islas Baleares.

ELENA. ¡Oh! ¡cuál de ellas!

PEDRO. La Cabrera.
Pero no hay mas habitantes
que nosotros en su suelo,
y no siendo útil á nadie,
rara vez aporta un buque
á sus riberas salvages.
Há tiempo habia una torre,
de la cual eran guardianes
diez soldados españoles;
mas dos ó tres años hace
que un dia los degollaron
unos piratas de Tánger.
Por lo que toca al pais
os he dicho lo bastante;
y en cuanto á mí, de mi historia
no habrá mucho que relate.
Soy mallorquin: mis negocios
me hicieron al mar lanzarme
de un pescador en un bote,
y el mar me echó á estos lugares.
Un mes há que estoy en ellos,
y puesto que á ellos llegásteis,
contándoos como vivo
no hay para que mas os canse.

ELENA. ¡Ay de mí! ¿con que en tal caso
no hay medio de abandonarles?

PEDRO. Ninguno, como algun buque
no nos descubra, que pase,
ó algun águila marina
de los pelos no nos saque;
lo cual, señora, ya veis
que sería estraño viaje.

ELENA. ¿Y qué hacer?

PEDRO. Nada; ponerse
en manos de Dios, estarse

noche y dia en atalaya
por si llegar vemos alguien
que nos socorra, y vivir
en soledad agradable
como allá en el paraiso
nuestros primitivos padres.

ELENA. ¡Misericordia de Dios!

PEDRO. No está de mas invocarle.
Mas decidme (esto, señora,
si es que se puede y os place,)
cómo llegásteis aqui.

ELENA. Un barco de catalanes,
á cuyo bordo á Mallorca
pasaba desde Alicante,
naufragó, perdido el rumbo
con la borrasca, y salvarme
logré asida á ese madero
luchando toda la tarde
con la mar, desesperada
de lograrlo á cada instante.
Esta es mi historia, buen hombre.

PEDRO. Ea pues, Dios nos depare
buena suerte, y buen auxilio.
Entre aquestos peñascales
tengo una mala barraca;
ocupadla, y que descanse
dejad al cuerpo unas horas
mientras que pongo remate
á la coleccion de frutos
que la marea nos trae.
Y tiempo hay de discurrir
lo que conviene.

ELENA. Ayudadme,
que estoy entumida toda.

PEDRO. Dadme el brazo, y animarse:
¡voto va el diablo!

(*Éntranse por la derecha, y vuelve luego Pedro solo.*)

ESCENA III.

PEDRO.

Ea pues,

héme aqui ya ¡vive Dios!
en medio de este desierto,
y á la tormenta deudor
de una nueva compañera
que en mi soledad me dió.
Vaya, veamos qué es esto.
¡Hola! barrica de rom,
un baul...
(*Lo rompe con una piedra para abrirlo.*)
ropa... pistolas...
un collar, un libro, dos,
tres, cuatro... esto era de un sabio:
veamos qué libros son.
Historia de Carlo Magno
y los doce pares... ¡oh!
¡gran libro! tomo tercero,
comedias de Calderon.
Siempre que no hablen en ellas
mas personages que dos
bien las podemos hacer
esa compañera y yo.
(*Sigue recogiendo cajones y demas objetos que el mar arroja á la playa.*)

ESCENA IV.

PEDRO. ELENA, dentro.

ELENA. (*Dentro.*) ¡Eh! mirad, mirad.
PEDRO. ¿Qué es ello?
ELENA. Un barco.
PEDRO. ¡Poder de Dios!
(*Aparece á lo lejos un bergantin.*)
y es cierto; hagámosle seña;
ahí teneis ese jiron
de mi manta... mas ¿qué es esto?
ó veo visiones yo,
ó á las velas cogen rizos:
sí, sí, viran á estrivor,
dirigen aqui su rumbo.
ELENA. (*Desde las peñas.*)
¡Oh! mis ruegos escuchó
el cielo, y en ese barco

nos envia salvacion.

PEDRO. Botan al agua una lancha;
pero válgame el Señor;
buen amparo nos envia.

ELENA. ¿Qué decís?

PEDRO. ¡Pues! Ellos son.

ELENA. ¿Quiénes?

PEDRO. ¿No veis los arreos?
Piratas.

ELENA. ¡Cielos! ¡hay hoy
mas desdichas que apurar!

PEDRO. Pronto, ocultaos, si no
quereis que seamos hechos
cautivos ambos á dos.
Meteos entre las peñas;
puede que su espedicion
no sea mas que á hacer agua;
y con prudencia y valor
puede que salgamos bien
y que nos ayude Dios.

ELENA. Si él no lo hace...

PEDRO. Ea, venid.
y dejadme que obre yo,
que para perdernos ambos
siempre ha de ser ocasion.
(*Vanse por la derecha.*)

ELENA. ¡Piratas!—¡Ay esperanza
de sueño fascinador!

ESCENA V.

CAIN. RODULFO. TOMAS. DOS PIRATAS en una lancha y con trages sicilianos, pistolas al cinto, &c., &c.

CAIN. Sacad á tierra esas pipas,
bajadlas á la caverna
en que el manantial se oculta,
y avisad cuando esten llenas.
(*Los marineros sacan dos toneles y los llevan por detras de las peñas á la derecha.*)
(*A Tomás.*) Preside tú esa maniobra
y cuida de que obedezcan;
y tú, Rodulfo, colócate

de atalaya entre las peñas.
Si algo repentino ocurre
que reclame mi presencia
la tierra de la isla es poca
y oiré al punto la seña.

(*Vanse Cain por la izquierda y Rodulfo por la altura de la derecha.*)

ESCENA VI.

TOMAS.

Oscura cierra la noche,
hierve el mar y el viento arrecia.
Ya darnos caza no pueden,
nuestra nave es mas velera,
y traen mucha gente inútil
y poca marina diestra.
¡Ay de mí! ¡quién otros dias
suerte tal me predigera!
Asi las cosas del mundo
se eslabonan y encadenan
las unas tras de las otras
y nos arrastran por fuerza
del oscuro porvenir
á la sima de tinieblas.

ESCENA VII.

PEDRO aparece sacando la cabeza con precaucion por los peñascos: TOMAS le descubre al punto y le encañona una pistola.

PEDRO. No siento nada; tal vez
se internaron por la tierra.
TOMAS. ¿Quién va?
PEDRO. ¡Cielos! ¡Soy perdido!
TOMAS. ¡Eh! buen hombre, sea quien sea,
échese al punto, ó le meto
dos balas en la cabeza:
entregaos.
PEDRO. Ya me entrego.
TOMAS. ¿Solo estais?

PEDRO. Solo.
TOMAS. Desierta
está hace tiempo esta isla:
¿cómo os encontrais en ella?
PEDRO. Huyendo de enemistades
y voluntades siniestras
echéme al mar en Mallorca
y el mar me echó á esta ribera.
TOMAS. ¿Nadais pues como un salmon?
PEDRO. No nadé, que vine á fuerza
de remos en una barca
de un pescador.
TOMAS. Cosa es esa
que se acerca á la verdad:
mas ¿y el bote? (*Mirando al agua.*)
PEDRO. La marea
se lo tragó, y ya hace un mes
que habito aqui entre las peñas
como un animal salvage.
TOMAS. ¿Y á Mallorca no quisierais
volver?
PEDRO. ¿A Mallorca? Oh, no.
TOMAS. Teneis en aquella tierra
muchos amigos sin duda,
pues la haceis tal preferencia.
PEDRO. ¡Qué quereis! cosas del mundo.
TOMAS. Ya. (Si este hombre á mis ideas
contribuyese.) (*Examinándole.*)
PEDRO. (¡Qué diablos
me examina con tal flema!)
TOMAS. (Veamos.) Buen hombre, hablemos
ambos á dos con franqueza.
Yo necesito de vos,
y vos de quien os proteja.
Si me servís yo os prometo
que sois libre, y las entenas
de aquel bergantin pirata
no han de saber lo que pesa
el cuerpo de un mallorquin
suspendido en una verga.
PEDRO. ¡Oh! sí, sea la que fuere,
acepto vuestra propuesta.

TOMAS. Decidme pues: para ser
hombre de bien en la tierra
¿qué os hace falta?
PEDRO. Dos cosas.
TOMAS. Bien, dinero es una de ellas.
PEDRO. Precisamente.
TOMAS. ¿Y la otra?
PEDRO. Otro nombre y otras señas
en mi individuo.
TOMAS. ¿Quereis
cambiar conmigo las vuestras?
PEDRO. ¿Con vos?
TOMAS. Nada os dé cuidado;
caí volviendo de América
en las manos de esa gente,
y aunque hay razones secretas
que abandonarla me impiden,
no hay hombre alguno que pueda
reconocerme en mi patria,
pues años há salí de ella.
PEDRO. Si no hay peligro en mostraros...
TOMAS. Ninguno.
PEDRO. Pues cosa hecha.
TOMAS. Pues tomad. Todos los años
volvereis por esta época
á esta isla, y hallareis
una cantidad como esa
donde querais enterrada.
PEDRO. ¿Pero qué hay que hacer por ella?
TOMAS. Oid. Con esos papeles
que contiene esa cartera
acreditareis que sois
Tomas Ruiz de Villanueva.
PEDRO. Que sois vos.
TOMAS. Seguramente.
Escrita en una hoja de esas
vereis mi historia, que es breve;
usadla como os convenga.
PEDRO. Bueno.
TOMAS. Y siendo Tomas Ruiz
arribareis á Marbella,
á Alicante, á cualquier punto

de España, donde os parezca.
Ireis luego á Andalucía,
y en el Valle de Purchena
hallareis un lugarcillo
de seis casucas de tierra.
Preguntareis por vos mismo,
tomareis todás las señas
y noticias que alli os den
de vuestra muger.

PEDRO. La vuestra.

TOMAS. Por supuesto. Alli hallareis
(si por ventura no es muerta)
una hija que Dios me dió:
amparadla, protejedla,
decidla que sois su padre:
no le digais la manera
con que vivo, y sed vos bueno,
sed indulgente con ella.
Si yo no parezco mas,
(lo que es facil que suceda)
os doy todos mis derechos:
persona fiel y secreta
os llevará la noticia
de mi muerte, y suma inmensa
os entregará en mi nombre;
mas si el mensage no llega
seguid haciendo mis veces
y esperad á que yo vuelva.
¿Aceptais?

PEDRO. Acepto.

TOMAS. Ahora
tomo sobre mi conciencia
todo el mal que hayais vos hecho.
A esta isla una galera
llegará que nos da caza,
y sabe que en estas peñas
hay una fuente, que usamos;
podeis acogeros á ella,
y pues sois ya Tomas Ruiz
empezad vuestra comedia.

PEDRO. Está bien.

TOMAS. Pues ocultaos;

y no os paseis en la cuenta
que aunque me fio de vos
de tan estraña manera,
no faltará quien me vengue
si olvidais vuestras promesas.

PEDRO. De todas mis fechorías
sería esa la mas necia,
cuando me reporta á mí
mas que á nadie conveniencia.

TOMAS. Contad pues con un amigo,
y andad, que alguno se acerca.

ESCENA VIII.

TOMAS. RODULFO.

TOMAS. ¡Quién sabe! Acaso el destino
me depara un hombre fiel
para que encuentre por él
de mi ventura el camino.
¡Ah! Sin el fatal secreto
que á esos inicuos me ata
fuera yo por el pirata
antes muerto que sujeto.
Mas Rodulfo ¡desdichado!
destino tal no merece,
y su destino parece
en acosarle empeñado.

RODULFO. ¡Tomas!

TOMAS. Rodulfo. ¡Imprudente!

RODULFO. No pases, buen viejo, afan;
lejos está el capitan
y en tranquilidad la gente.
Y pues un momento aqui
nos hallamos en sosiego,
aconséjame te ruego.

TOMAS. ¡Aconsejarte!

RODULFO. Oye.

TOMAS. Di.

RODULFO. Tomas, hasta aqui llegó:
aqui mi padre me mata
primero que del pirata

al barco me vuelva yo.
No volveré á ver izar
en combinacion estraña
de la Inglaterra y la España
las banderas á la par.
No quiero ver que en un viaje
si topamos tres vageles
entramos como de infieles
en los tres al abordage.
Bajo un pabellon lidiar,
sea el que sea, eso es valor:
¿no lo es á todos traidor
correr con todos la mar?
Y en fin, es cosa segura,
pese al capitan ó no,
en esta isla tendré yo
libertad ó sepultura.

TOMAS. ¡Tan resuelto!

RODULFO. Sí, Tomas;
y pues tú mi solo amigo
fuiste siempre, tú conmigo
libre ó muerto quedarás.

TOMAS. ¡Ah! el capitan, pobre niño,
tal vez te dé esa licencia,
porque en Dios y en mi conciencia
te tiene mucho cariño.
Pero á mí... nunca lo esperes.

RODULFO. ¿Y por qué? ¿no sabe acaso
que sin tí no he dado un paso
desde que nací? ¿Que me quieres
como á un hijo? ¡Oh! yo me atrevo
á asegurar que consiente
en que dejemos su gente.

TOMAS. Y yo consentir no debo
que en mi nombre le supliques,
porque á la primer sospecha,
Rodulfo, á la mar nos echa...

RODULFO. Por Dios, Tomas, que te espliques.

TOMAS. Mira, Rodulfo: yo fuí
quien los primeros abrazos
te dió, y en mis propios brazos
al nacer te recogí.

Desde aquel dia fatal
no me he separado un punto
de tí, y pensaba difunto
dejar compañía tal.
Tú, que no puedes memoria
conservar de tu niñez,
ni aun te imaginas tal vez
tu desventurada historia.
Mas yo que la tengo escrita,
Rodulfo, en mi corazon,
medito tu salvacion,
y hasta el descanso me quita.
No, no; con razon ninguna
podemos ni tú ni yo
vivir con quien nos juntó
nuestra maldita fortuna.
Pero sigue mi consejo;
si tú te quieres salvar
á mí no me has de nombrar,
que los conozco y soy viejo.

RODULFO. No sé, Tomas, qué adivino
de siniestro en tus palabras.

TOMAS. Sigue mi consejo y labras
tu destino y mi destino.

RODULFO. ¿Y qué me tengo de hacer
sin tus consejos en tierra,
si en el llano ó en la sierra
no sé los peligros ver?
Los que en la mar nos pasamos
nuestra vida, ¿qué valemos
en tierra si no tenemos
uno tras de quien vayamos?
Seré... infeliz ó dichoso;
pero ¿piensas que sin tí
pueda olvidar que hoy aquí
dejo un hombre generoso?
Ya me depare mi suerte
una opulenta fortuna,
ya oscura como mi cuna
ruede mi vida á mi muerte,
Tomas, tú en mi corazon
vivirás siempre conmigo,

en mis placeres amigo,
y consuelo en mi afliccion.
Sí, pediré al capitan
nuestra licencia; los dos
juntos, que juntos por Dios
nuestros destinos estan.

TOMAS. ¡Hijo mio! asi te quiero,
noble y generoso, asi:
¡bien veo, Rodulfo, en tí (*Con entusiasmo.*)
tu valor de caballero!

RODULFO. ¡Qué dices, Tomas! Mi padre...

TOMAS. Calla por Cristo, ¡imprudente!

RODULFO. Pero...

TOMAS. A pesar de esa gente
vive en tí tu noble madre.

RODULFO. ¡Mi madre! (*Con tristeza.*)

TOMAS. ¿Qué te entristece?
¿Te pesa de asemejarte
á tu madre?

RODULFO. A confesarte
la verdad, no me parece
bastante esa semejanza.
De mi padre la quisiera,
porque con ella creciera
mas hidalga mi esperanza.

TOMAS. Pues en fin, al tiempo aguarda,
que quien tuvo buena madre
bien puede tener buen padre.

RODULFO. Ó ella una pasion bastarda.
Porque mi padre, lo ves,
es ya de rapiña un ave
que solo hacer presa sabe
con las alas y los pies.
Tomas, ¡Dios me lo perdone!
pero siento á mi pesar
que jamás le podré amar
aunque el ser padre le abone.
Y si no es por el amor
que tú siempre me has mostrado,
al mar me hubiera arrojado
mil veces en mi furor.

TOMAS. Ay Rodulfo, ya lo sé.

Yo que á tu lado he dormido
tantos años, conocido
tu corazon tengo á fé.
Cuántas veces escuchándote
bajo pesadilla horrible
luchar, á la lid terrible
puse yo fin despertándote.
¡Cuántas veces al salir
ese fatal pensamiento
de tu boca, ahogué tu aliento
por si él lo podia oir!
Rodulfo, tienes razon:
ya acompañarnos no debes,
y si á dejarnos te atreves
no pierdas esta ocasion.

RODULFO. Sin tí, imposible será.

TOMAS. De rodillas te lo pido;
no me nombres, ó perdido
tu porvenir todo está.

RODULFO. No alcanzo por qué misterio...

TOMAS. No le intentes comprender,
porque es forzoso ceder
á su poderoso imperio;
y te lo digo otra vez,
aunque te canse mi afan...
Mas viene allí el capitan,
ten en cuenta su altivez.

RODULFO. Mi puesto voy á ocupar,
Tomas; y antes de partir
mi padre, aqui me ha de oir,
ó aqui me habrá de matar. (*Sube.*)

TOMAS. ¡Oh bizarro corazon!
¡cómo tu sangre conoces!
y cómo le dice á voces
tu origen, tu inclinacion.

ESCENA IX.

TOMAS. CAIN.

CAIN. ¿Qué hace esa gente? ¿Tenemos
acaso el tiempo de sobra,

cuando ingleses nos dan caza
y está cercana la aurora?
Baja á la gruta y aguijadas.

TOMAS. Capitan, ved que son ondas
las pipas.

CAIN. ¡Eh! que las llenen
pronto, y si no que las rompan.

ESCENA X.

CAIN. Despues PEDRO.

CAIN. Nada penetran los ojos
por esas tinieblas lóbregas;
mas ¿quién sabe lo que ocultan
en su oscuridad recóndita?
¿Adónde está ese muchacho?
(*Al subir por las rocas, como buscando á Rodulfo, se halla en la entrada de la cueva donde se oculta Pedro.*)
¿Pero qué tenemos? ¡Hola!
no conozco esta avertura,
y allá arriba hay una choza
metida entre los peñascos:
¿quién este desierto mora?
Ese rumor... aquí hay gente
guarecida... una pistola
meto dentro... ¡eh? en esa gruta
quien quiera que esté responda,
ó muere como un gazapo.

PEDRO. Teneos, teneos.

CAIN. ¡Hola!
¿Quién eres tú?

PEDRO. ¿Yo? Un perdido,
á quien echaron las ondas
á estas riberas desiertas.

CAIN. ¿De dónde eres?

PEDRO. De Mallorca.

CAIN. ¿Quién está contigo?

PEDRO. Nadie.

CAIN. Pues qué, ¿el mar se trago toda
la tripulacion del barco

que montabas?

PEDRO. Mas persona
no habia dentro que yo.

CAIN. Esplícate, y sea con pocas
palabras si amas tu vida
y conservarla te importa.

PEDRO. Pues bien, yo hice en mi pais
unas cuantas de esas cosas
en que contra gusto de uno
cartas la justicia toma,
y no gustándome mucho
que de cerca me conozca,
así un bote á un pescador
y echéme á la mar traidora.

CAIN. Y poco diestro sin duda...

PEDRO. En eso acaba mi historia.

CAIN. ¡O!! parece que eres hombre
capaz...

PEDRO. De cualquiera cosa.

CAIN. ¿Y ahora qué piensas hacerte?

PEDRO. Aguardar la suerte loca;
nada tengo que perder;
cuanto logre pues me sobra.

CAIN. ¿Tienes aficion al mar?

PEDRO. No mucha, que es bolcidosa
el agua, y se muda inquieta
segun el viento que sopla.

CAIN. ¿Y si te vieras en tierra
fueras hombre cuya boca
guardar supiera un secreto
y mandar una maniobra?

PEDRO. Sin duda.

CAIN. ¿Serías hombre
para acudir á la costa
en un dia convenido
con una respuesta pronta?

PEDRO. ¿Qué inconveniente tendria?
Nadie me sujeta ahora,
y al servicio de cualquiera
puedo entrar, si me acomoda.

CAIN. ¿Tienes talento y constancia
para armar una tramoya

y enredar una novela?

PEDRO. No habrá juglar que se ponga
tanto disfraz, como yo
si usar de muchos importa.

CAIN. ¿Y si te ponen á prueba
cantarás la palinodia?

PEDRO. Lo que está en mi corazon
allí se pudre y se ahoga.

CAIN. ¿Y si con harpones de oro
te lo pescan?

PEDRO. Si en mi bolsa
hay una sola moneda
en vano han de echarlos.

CAIN. Toma,
para dos meses hay harto;
al fin de ellos á la costa
te acercarás de Marbella,
sabiendo cuántas personas,
cuántos bienes, cuántas rentas,
en fin, cuanto corresponda
á la familia de un conde
que á una espedicion remota
salió de España.

PEDRO. ¿Su nombre?

CAIN. Cuanto á este negocio toca
de mi bergantin á bordo
sabrás: te daré las notas
y documentos precisos
para cambiar tu persona
en la de otro hombre, que á bien
que no saldrá de las ondas
á desmentirte, y te haré
tomar tierra en cierta costa
adonde no ha de alcanzarte
la justicia de Mallorca.
¿Te acomoda?

PEDRO. Sí.

CAIN. Está bien,
y si mis planes se logran
tendrás tierras é hidalguía,
y aun puede que esclavos y honra.

(*Hace Cain una señal con un pito que lleva colgado*

al cuello, y mientras aparece de esta señal Tomas, dice Pedro:)

PEDRO. Fortuna te dé Dios, hijo,
dice el refran, y te sobra
lo demas. — Esta mañana
mi esperanza era tan corta
que no ocupaba estendida
el espacio de una cuarta;
me estorbaba hasta mi nombre;
y al cabo de pocas horas
tierra y mar tengo por mio,
represento tres personas,
dirijo grandes negocios
y espero hidalguía y honra.
¡Bah! tiene razon quien dice
que este mundo es una bola,
y que la empuja el demonio
del lado que se le antoja.

ESCENA XI.

CAIN. PEDRO. TOMAS.

CAIN. Ve aquí un nuevo compañero
que ha de venir con nosotros,
mas la alianza es secreta.
Cuando volvamos á bordo
con nosotros ha de ir;
llévale pues.

TOMAS. (*A Pedro.*) Si capcioso
lazo me tiendes, te juro
que ves de la mar el fondo.

PEDRO. Dime, ¿impiden tus asuntos
los que interesan á otro?
¿No puede un hombre de estos
ser agente de negocios?

TOMAS. Pues bien, ni tú me conoces
desde hoy, ni yo te conozco:
no haya palabra ni seña
en el buque entre nosotros
sirvámonos mutuamente,
mas en secreto.

PEDRO. En un poco
echaste el tuyo.
TOMAS. Él conserva
tu cabeza entre tus hombros.
PEDRO. Juguemos limpio y vivamos.
TOMAS. Eso mismo te propongo.
PEDRO. Y eso admito.
TOMAS. Vamos pues.
Cain gusta de estar solo.

ESCENA XII.

CAIN.

Sí, sí: fuera del mar se necesita
una morada incógnita y segura:
ya mi sed de vagar se delfilita,
ya deseo quietud, calma y holgura.
Hoy un oculto espíritu me incita
otra vida anhelar y otra ventura.
Con el oro que tengo y con mi aliento
¿á qué no puede osar mi pensamiento?
Buques tendré en el mar que me acarreen
espléndido botin; tendré en la tierra
viles esclavos que su vida empleen
mi reposo en velar; tendré en la sierra
monteros que á mi antojo me la ojeen,
y haré á los osos y á los ciervos guerra;
y en fin, con mi osadía y con mi plata
mas que cualquiera rey será el pirata.
(*Elena asoma.*)
Sí; tomaré ese nombre, y esa historia:
dentro de mí se encerrarán dos seres,
ambos con gran poder, ambos con gloria:
y si hay alguien que pueda mis placeres
turbar guardando de quien fuí memoria,
antes que ose traidor decir: tú eres...
aunque tenga por medio una alpujarra
le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII.

ELENA. CAIN.

ELENA. No tan pronto será que no te lance
tu ingratitud al rostro.

CAIN. ¡Dios, qué veo!

ELENA. Ni tan pronto será que no te alcance
su suplicante voz.

CAIN. ¡Que sueño creo!
¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena,
ó es ilusion que engaña mis sentidos?

ELENA. No, no; de amor y esperanza llena
Elena es la que habla á tus oidos.

CAIN. ¿Quién te trajo á esta playa?

ELENA. El aire incierto,
la tempestad, el mar, tu mala estrella.

CAIN. La tuya sí que te ofreció mal puerto,
pues que te trajo á dar conmigo en ella.

ELENA. ¡Oh! no tan malo si á encontrarte acierto,
que largo tiempo rastré tu huella,
y navegué segura de encontrarte
sin mas rumbo ni afan que el de buscarte.

CAIN. (*Con frialdad.*)
Pues bien, héme aqui ya: di, ¿qué me quieres?

ELENA. ¿Eso preguntas tú que me conoces?
¿No tienes corazon? ¿De marmol eres?
¿No te lo dice tu conciencia á voces?
Me amaste y te adoré; partí contigo
el placer y el dolor; en la montaña
á los tuyos y á tí franqueé un abrigo...
¿Hallarme, si esto sabes, qué te estraña?

CAIN. Y bien, ¿qué te se antoja? ¿qué apeteces?
¿oro? rica serás. La tierra es tuya,
libre como las aves y los peces
busca mansion, mas húyeme.

ELENA. ¡Que huya,
hombre sin corazon! ¿con tierra y oro
pagarás el amor que hay en el mio?
¡Quieres pagar con brezos un tesoro!
Mas tiembla.

CAIN. (*Con desprecio.*) ¡Eh! de esa cólera me río.

ELENA. ¿Te olvidas de que fuí tu compañera?
¿que sé desde el momento en que naciste
tu historia toda entera?
¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza
pueden tornarse en bárbara venganza,
tus crímenes contando por do quiera?

CAIN. Cuéntalos en buen hora. ¿Qué hay en ellos
que no tenga su origen
en esas leyes que á los pueblos rigen,
y que dan á sus súbditos los reyes
sin preguntar si necesitan leyes?
Yo buscaba en Sicilia
mi pobre vida; en mi batel pasaba
una y otra vigilia,
y un pedazo de pan á mi familia
con mi sudor compraba.
Te amé, y viví feliz entre peligros
que siempre desprecié; pero ¿qué hicieron
las leyes con nosotros? remolcaron
nuestro barquillo y en la mar lo hundieron,
despues defraudadores nos llamaron,
por las peñas despues nos persiguieron,
y al pobre que cogieron
en los robles del monte le colgaron.
¿Qué pudimos hacer? como nosotros
nuestros padres tambien vivido habian;
no nos dejaron otros
oficios ni caudales, ni podian.
Cual fieras acosados
de nuestro hogar lanzados
sin amparo en la tierra,
la sociedad nos arrojó en su encono;
y salimos al mar á hacerla guerra,
y en él buscamos libertad y trono:
y desde entonces, sí, la tierra toda
nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata
pagó tributo al vencedor pirata.
Tal es mi historia, y de lo que haya en ella
á la razon contrario,
no me culpen á mí, sino á mi estrella.

ELENA. Mas cuando al mar salias
por la primera vez, y á las bravías

olas del mar tu porvenir fiabas
el solo ser de quien fiar podias
en la ribera sin piedad dejaban.

CAIN. (*Con amargura.*)
Y allí dejé tambien padres y hermanos,
cuanto pude querer quedó en Sicilia.
¿La sangre en que á teñir iba mis manos
alcanzára á mi amor, á mi familia?
no: ¿cómo fuera el tigre carnicero
camarada del tímido cordero?

ELENA. La falta de poder, amor la abona:
sí, la muger que osaba en la montaña
contra la ley abrirte su cabaña
hubiera sido junto á tí leona.

CAIN. Tú deliras, muger. Sobre mi nave
sería tu presencia
de la muerte de entrambos la sentencia.

ELENA. Tu salvacion ¿ ¿quién sabe?

CAIN. Ea, no hablemos mas; he renunciado
á todo cuanto he sido,
ignoro mi pasado
y de mi porvenir tampoco cuido.
Muger, no hablemos mas, se me ha olvidado
si en tiempo mas feliz te he conocido.

ELENA. Con que quiere decir que así inhumano...

CAIN. Quiere decir que sé tu desventura,
mas no tendré la estúpida locura
de tenderte una mano.
Tu suerte en esta isla te dió puerto,
y no saldrás por mí de este desierto.

ELENA. Pues bien, sea en buen hora,
abandónanme y huye, porque acaso
antes que raye la vecina aurora
una nave velera
que á la tuya da caza
en esa roca alcanzará una hoguera.

CAIN. ¡Ira de Dios! y entonces...

ELENA. Entonces... lo que en ella aun no se sabe
se sabrá... sí, las señas, patria, nombre,
y la historia por último del hombre
que va en aquella nave.

CAIN. Pues tú tambien la montarás conmigo,

pero el mar te abrirá tumba escondida.

ELÉNA. Yo no temo la mar; es mi destino
que respete mi vida
para abrir contra tí siempre el camino:
dos veces me tragó y me dió salida.

CAIN. No me tientes, muger. Calla, y no cuentes
la suya á tu existencia
á prueba tal poniendo mi paciencia.

ELENA. No hay medio, no; ó amigo, ó enemigo:
si aceptas la amistad pronto partamos;
si enemistad, veamos,
el cielo y la razon estan conmigo.

CAIN. Pues bien, tu cielo y tu razon si pueden
contra mi fiera voluntad te ayuden.

(*Pone mano á una pistola del cinto. Elena huye subiendo por los peñascos. El pirata espera á que llegue á lo alto, y apuntándola seguramente hace fuego. Elena da un grito y cae del otro lado de las peñas fuera de la vista del público.*)

CAIN. Veremos el favor que te conceden,
y en tu favor los cielos cómo acuden.

ESCENA XIV.

CAIN. TOMAS. RODULFO. PEDRO.

TOMAS. ¿Qué es esto?

CAIN. Nada.

RODULFO. Padre, ¿y ese tiro?

CAIN. Contad si de vosotros falta alguno.

RODULFO. Al reves, segun veo sobra uno.

CAIN. Entonces, vive Dios, solo fué ruido.
Ya sabeis que aun en medio de las olas
no erró el plomo jamas de mis pistolas.
¿Y nuestra gente?

TOMAS. Ya espera
en el bote con la carga.

CAIN. Al agua pues, que no es larga
la noche como quisiera.

RODULFO. Antes, padre, de partir
quisiera hablaros á solas.

CAIN. Mi gente es sorda; y las olas

tus palabras no han de oir.
me lo dirás en el mar.

RODULFO. En el imposible toca,
lo que salga de mi boca
en tierra se ha de quedar.

CAIN. Rodulfo, el tiempo nos falta,
déjalo para despues.

RODULFO. Capitan, imposible es.

CAIN. Pues en la verga mas alta
sobra una cuerda y... cuidado
con ocuparla.

RODULFO. Ese estremo
de vuestra crueldad no temo,
que estoy bien determinado.
Acordaos de una tarde
en que debísteis la vida
á que recibí esta herida (*La muestra.*)
que os destinaba un cobarde.
Entonces me concedisteis
lo primero que os pidiera,
y esta es la ocasion primera;
cumplid lo que prometisteis.
En tierra os tengo de hablar,
ó mirad lo que escogeis;
prefiero que me mateis
á volver con vos al mar.

CAIN. (*A Tomas.*)
Tomas, si llego á entender
que fué tu lengua atrevida,
puedes rezar por tu vida.

TOMAS. Lo haré asi, si es menester.

CAIN. Pues vé á esperar tu sentencia.

ESCENA XV.

CAIN. RODULFO.

CAIN. (*A Rodulfo.*)
Empieza tú, que ya escucho,
pero no te alargues mucho,
que tengo poca paciencia.

RODULFO. Lo que tengo que deciros

no os causará largo afan;
se reduce, capitan,
á que no quiero seguiros.

CAIN. Qué, ¿tienes miedo á los peces?
¿ó es que la gente que tengo
no te acomoda? Convengo
en que algo ruda es á veces.
Mas ¿qué lo quieres hacer?
no se puede un bando echar
para que vengan al mar
piratas donde escoger.
Y á mas, no encuentro motivo,
porque siendo mi hijo tú,
quien te ofenda ¡Belcebú
me lleve! si queda vivo.

RODULFO. Padre, os lo dije, no quiero
vivir mas en una nave
cuyo capitan no sabe
cuál bandera usar primero.

CAIN. ¿Y no es fortuna en verdad
por entre el mundo enemigo
poder arrastrar consigo
su mundo y su libertad?
¿Qué califa te da leyes?
¿Quién puso á mi barco nombre?
¿Quién dijo: mandan á ese hombre
esos ó los otros reyes?
Todos los mares visito,
y siempre por mi valor
en todos como señor
tomo lo que necesito.
Y si hay razon para dar
á un hombre un reino en la tierra,
¿por qué no ha de hacerse guerra
por el imperio del mar?

RODULFO. Es otro mi pensamiento,
padre.

CAIN. ¿Y adónde has de ir
que no tengas que decir
tu nombre y tu nacimiento?
¿Piensas que ha de darte plata
y fortuna tu conciencia?

RODULFO. Y qué, ¿no hay otra existencia
que valga la del pirata?
Vos ceñidas las pistolas
para dormir y velar,
no haceis mas que cavilar
vuestros secretos á solas.
No llevais jamas con vos
ni otro hermano ni otro amigo,
el mar es vuestro testigo
y la suerte vuestro Dios.
La fuerza es la única ley
que en el barco se respeta,
¿y si esa ley os sujeta
de qué os vale ser el rey?
República del mas fuerte
porque otro no os abasalle,
no hay mas medio que aplicalle
una sentencia de muerte.
Una queja suelta apenas
de los labios, basta á veces
para llamar á los peces
colgado de las entenas.
¿Eso es vida? ¿eso es fortuna?
¿qué vale tanto botin
si para gastarlo al fin
no llega ocasion alguna?
Y por último, señor,
ó en tierra me abandonais,
ó lo que de amor no hagais
yo lo he de hacer de furor.
A la mar me arrojaré.

CAIN. Hola, y el mozo está lleno
de brios, y de algo bueno
será capaz.

RODULFO. Sí seré,
y asi, capitan, lo espero;
mas pues cada cual se fragua
su suerte, cual vos en agua
en tierra la mia quiero.

CAIN. Y desde hoy te quiero mas,
que mozo con tanto brio
que hacer dará al lado mio

aun al mismo Satanás.
Con que vaya, echa adelante,
que en la primera ocasion
donde gastar un doblon
no ha de faltar á un tunante.

RODULFO. Padre, un paso no daré,
ya os lo dije. Y qué no ha habido
nadie que os haya pedido
lo que yo, tambien lo sé.
Pero en vano me acosais;
con vuestra gente no puedo,
y en esta isla me quedo,
ó en esta isla me matais.

CAIN. ¡Ira de Dios! cosas tales
estan pasando por mí,
que estoy por saciar en tí
todo el furor de mis males.

RODULFO. Hacedlo si se os antoja,
y acabad los mios hoy,
porque vuestra sangre soy,
y os juro que me sonroja
Tener padre, y padre tal
sin patria y sin religion,
está con mi corazon
aviniéndose muy mal.

CAIN. ¡Víbora de sangre ingrata!
¿asi pagas ¡pese á mí!
la existencia que te dí?

RODULFO. (*Con desprecio.*)
¡Con el nombre de un pirata!

CAIN. (*Con brio.*) Con su nombre y su poder,
con su oro y su libertad.

RODULFO. Y una horca en la ciudad
donde irlo todo á perder.

CAIN. Voto á... mas dejemos eso,
porque siento que si dura
me va á faltar la cordura...
y el amor que te profeso
no ha de poderme tener:
y pues tan claro me anuncias
que á mis favores renuncias,
tú solo lo has de perder.

Acércate acá, rapaz,
y escucha lo que te digo,
que soy tu padre, y tu amigo
aunque eres algo tenaz.
Lléveme el diablo si atino
qué afan tienes en largarte
á tierra, mas por mi parte
busca en ella tu destino.
Mas oye, si otro que tú
tal intento me propone,
hoy mismo en marcha se pone
á cenar con Belcebú.
Te haré parte en el botin:
vive, y en ninguna parte
vuelvas, Rodulfo, á acordarte
de tu capitan Cain.
Aqui la gente...

RODULFO. Señor,
pues parto, y largo quizás...

CAIN. Muchacho, no hables ya mas,
que no eres predicador.

ESCENA XVI.

CAIN. RODULFO. LOS PIRATAS.

CAIN. Oid, habida atencion
á lo bien que se ha batido,
la vida le he concedido
á este mozo, á condicion
de que aqui se ha de quedar,
en donde nadie reside;
y que si otro me lo pide
le echo por respuesta al mar.
¿Lo oís? Ea pues, al bote. (*Dispérsanse todos.*)
(*A Rodulfo.*)
Toma ese oro que te toca:
(*A los suyos.*)
y el que descosa la boca
está mal con su cogote.
¿Tomas?

ESCENA XVII.

CAIN. RODULFO. TOMAS.

CAIN. (*A Tomas.*)
Te has portado bien;
y pues de todo ignorante
va, sea libre y que medre;
que hombre es, y la tierra grande.
TOMAS. (Si un dia me ayuda el cielo,
vive Dios que ha de pesarte.)
CAIN. (Ya no hay nadie que me venda,
que hablen los muertos no es facil.)
Con que al agua. A Dios, muchacho.
TOMAS. Rodulfo, que Dios te ampare.
RODULFO. ¿Asi se olvida de un hijo?
Tomas, bien hago en dejarle.

ESCENA XVIII.

(*Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantin pirata tiende velas y sigue su rumbo. Rodulfo queda en la playa viéndolo partir.*)

RODULFO.

Héme aqui solo, ¡ay de mí!
pero estar solo mas vale
que en la odiosa compañía
de esos corsarios infames.
Mas no pensemos en ello;
Dios, que los secretos sabe
del corazon de los hombres,
no querrá desampararme.
Aqui hay pólvora, y un arma;
en aquestos peñascales
voy á encender una hoguera
por si algun buque al alcance
pasa de esta isla, que entienda
que implora su auxilio alguien.
(*Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al fogonazo las enciende, levantando de poco llama que alimenta con brezos &c.*)
Y aqui me siento á espiar

la inmensidad de los mares,
y á esperar á que sus ondas
me den camino ó me traguen.
Llama en que arde mi esperanza,
dura, dura, y no te apagues,
y cual te doy yo alimento
fuerza y esperanza dame.

ELENA. (*Dentro.*) ¡Ay!

RODULFO. ¡Qué voz! de ese desierto
¿quién puede ser habitante?
Ilusion mia sin duda:
no, entre aquellos matorrales
oigo rumor, algo veo
que se agita en su ramage.
¿Quién va allá?

ELENA. (*Dentro.*) Quien quier que seas,
por el cielo santo ampárame.

RODULFO. ¿Dónde estás?

ELENA. Estoy acaso
de la vida en los umbrales.

RODULFO. Aguarda á ese precipicio
que busque por donde baje.

(*Desaparece por detras de las peñas, y vuelve con Elena.*)

ESCENA XIX.

RODULFO. ELENA.

ELENA. No puedo ya mas, detente,
déjame aqui que descanse.

RODULFO. Recóbrate y di qué puedo
hacer por tí. ¡Cielos! sangre.
¡Oh, sí, sí, comprendo ahora
el pistoletazo de antes!

ELENA. ¡Ay! las fuerzas me abandonan,
¡fallezco!

RODULFO. Ah, no, no; aun late
su corazon, late el pulso.
(*Un buque pasa á lo lejos.*)
Santos del cielo, una nave;
¿si distinguirán mi hoguera?
(*El buque sigue cruzando.*)
Pasa... sí, ¡todo es en valde!

¡Ah! probemos. (*Tira un pistoletazo.*)
Pasa: ¡inútil!
el ruido sofoca el aire,
no hay esperanza ninguna.
(*El buque tira un cañonazo.*)
¡Gracias, Dios mio! ¡Dios grande!
por aquí llega una lancha:
ea, corazon, ensánchate,
la suerte te da la mano,
y un nuevo mundo te se abre.
(*Llega el bote con marineros.*)

ESCENA XX.

RODULFO, ELENA, DOS MARINEROS.

MARINERO. Es un pirata.
RODULFO. Ellos fueron
quien en esta isla dejándome
á morir me condenaron.
MARINERO. Sí, es de ellos.
RODULFO. Amigos, padre,
cuanto amé les abandono
por no seguirles.
MARINERO. ¿Y qué hace
ahí esa muger? ¿quién es?
RODULFO. Víctima de sus maldades.
MARINERO. ¿Vive?
RODULFO. Sí.
MARINERO. Venga á la lancha.
RODULFO. Gracias. (*Ponen en el bote á Elena.*)
MARINERO. Remar y adelante.
(*Entra Rodulfo en el bote y se alejan remando.*)

FIN DE LA INTRODUCCION.

UN AÑO Y UN DIA.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE REINALDO.	*Sr. Lopez.*
DON JUAN.	*Sr. Latorre.*
DON PEDRO.	*Sr. Pizarroso.*
ISABEL.	*Sra. Valero.*
ELENA (muger con manto en el acto 1.°).	*Sra. Lamadrid.*
CLARA.	*Sra. Lapuerta.*
JUAN.	*Sr. Eusebi.*
GIL.	*Sr. Azcona.*
TOMAS.	*Sr. Lumbreras.*
UN CAPITAN DE GUARDACOSTAS.	*Sr. Sanchez.*
UN SOLDADO (marinero en el prólogo). . .	*Sr. Espontoni.*

La escena en Lubrin, pueblecillo cercano á la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.

Acto primero.

Habitacion amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra á la derecha. A la izquierda otra secreta y una ventana. Un reló que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.

La media ha dado... ya tarda,
y si se pasa la hora...
¡ah! ni vivo ni sosiego
hasta ver cómo se logran
mis planes, y cómo salgo
de tan infernal tramoya.
Sí, sí; fuerza es dar un brinco
antes que el velo se rompa

y el tiempo aclare los hechos:
mas aun no parece... ¡hola!
oigo ruido en la escalera:
él es... él es... ¡arda Troya!

(*Va hácia la puerta á recibir al conde, que llega vestido con lujo.*)

ESCENA II.

DON PEDRO. EL CONDE.

CONDE. Dios sea contigo, Pedro.
D. PEDRO. Bien venido, conde.
CONDE. ¿Es ora?
D. PEDRO. Para nuestra cita, la única,
temprano para la otra.
CONDE. ¿A qué hora se cumple el plazo?
D. PEDRO. A las doce en punto.
CONDE. ¿Todas
mis órdenes se han cumplido?
D. PEDRO. Sí, señor conde.
CONDE. ¿Está pronta
la mojiganga de escribas
y el aparato de boda?
D. PEDRO. Nada falta.
CONDE. Vamos pues
á tratar de lo que importa.
¿Vendrá el capitan?
D. PEDRO. Vendrá.
Su última carta amorosa
se reduce á asegurar
á la muchacha su próxima
vuelta; ya sabeis que yo
se las intercepto todas.
CONDE. ¿Y qué fecha tiene la última?
D. PEDRO. Si la cuenta no equivoca
mi aritmética, es hoy mismo
cuando llega, y esta sola
circunstancia me obligaba
á esperaros con zozobra.
CONDE. Desecha todo temor:
gente leal y briosa
he apostado por do quiera

que por todo el valle ronda.
¡Oh! aunque vuelva el capitan
llegará tarde.

D. PEDRO. En buen hora.
Y de la mar ¿qué tenemos?

CONDE. Todo va á pedir de boca:
un dia de estos mi barco
vendrá á fondear en la costa.

D. PEDRO. ¿Y de aquel hombre hay noticias
exactas?

CONDE. Su mano propia
fué quien escribió la carta
en que me anuncia tal cosa.
¿Pero te alarma esta nueva?

D. PEDRO. A mí, ¿por qué?

CONDE. Tu faz toma
mal color. ¿Te sientes malo?

D. PEDRO. No, por Dios. ¡Vaya! ¡es graciosa
la aprension! Seguid, seguid.
¿Qué puede haber en mi contra
en la vuelta de un marino
que vuestra privanza goza?
¿No es un amigo leal
que nos sirve y nos apoya?

CONDE. Tienes razon.

D. PEDRO. Vaya, hablemos
de nosotros mismos.

CONDE. ¡Oiga!
¿No olvidaste...?

D. PEDRO. No por cierto:
cada uno atiende á su propia
conveniencia, y para ella
tengo yo buena memoria.

CONDE. Sea, pues; tiempo es de echar
esta máscara enfadosa,
y mostrar uno cuál es
su pensar y su persona.
Un año entero aguardé
por no dar una sonora
campanada, que se oyera
diez leguas á la redonda.
Tres años há estoy aquí;

metido como una zorra
en ese negro castillo,
sin que nadie me conozca
ni me vea cara á cara;
mas no será desde ahora
lo mismo, porque ya me hallo
con poderes que me sobran.
Si se harta de mí esta tierra,
ó á mí la tierra me enoja,
en la mar tengo mi barco;
y allí mi fortuna próspera.
Como he comprado este valle
de España, si se me antoja
iré á comprar todo un puerto
en otra playa remota.

D. PEDRO. Sí, pero estais, señor conde,
en Purchena por ahora:
y está tan cerca Granada,
y es esta gente tan tosca,
que si prudentes no andamos
el pan nos cuesta una torta.
El plazo está al concluir;
una escena escandalosa
no conviene en modo alguno;
en este plazo no hay próroga:
ó el capitan viene ó no;
si retardarle se logra,
vuestra es Isabel... mas falta...

CONDE. Entiendo; tapar la boca...

D. PEDRO. No, estimar el sacrificio
de su voluntad; os odia,
y sin embargo se entrega
resignada vuestra esposa,
si no vuelve el capitan;
y esta abnegacion no es poca.

CONDE. Y bien, ¿en cuánto se aprecia?

D. PEDRO. No se aprecia, que se dora;
y doradas muy distintas
parecen todas las cosas.

CONDE. Mi palabra es como el sol,
fija.

D. PEDRO. Pues teneis esposa.

¿Y el capitan...?

CONDE. Cumple tú,
que yo haré lo que me toca.

D. PEDRO. Pues salid, que la oigo ya.
Y, señor conde, ya os consta
que fué condicion no veros
hasta el plazo.

CONDE. Y bien gustosa
puede estar de mi obediencia.
A Dios, pues. (Como yo coja
la muchacha, ya sirás tú
donde el secreto no te oigan.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

(Como la venta sea buena
y yo á caballo me ponga,
aunque tenga mas prosapia
que la dinastía goda.)
¡Oh! y salga por donde quiera,
porque despacio mirándolo
el demonio va enredándolo
de muy estraña manera.
Y si antes que me eche fuera
viene el otro á darme un susto...
no, no; ese hombre está en lo justo,
me libra de ese cuidado
y él se queda muy holgado
saliéndose con su gusto.

ESCENA IV.

DON PEDRO. ISABEL.

ISABEL. ¡Ay, padre, sin vida estoy!

D. PEDRO. No hay ya remedio, Isabel.

ISABEL. Y há un año que no sé de él.

D. PEDRO. Y el plazo se cumple hoy;
tú misma lo propusiste
y no has de volverte atrás.

ISABEL. No me imaginé jamas
un desengaño tan triste.
¡Un año entero ¡ay de mí!
sin ver una letra suya!
Yo no sé, padre, que arguya:
¡me olvidó!

D. PEDRO. Creo que sí.

ISABEL. ¡Sí decís! Tal vez por cierto
lo dais... Acabad, señor,
que no es posible á mi amor
vivir otro dia incierto.
Hoy este plazo concluye:
si al fin él no ha de volver,
mejor quisiera saber
que me aborrece y me huye.

D. PEDRO. ¿Qué otra cosa imaginarse?
Tan amante y tan resuelto
al partir, y ni aun ha vuelto
con una carta á anunciarse.
Si no te olvidó inconstante
al verse lejos de tí,
sospecho que murió alli
en guerra y pais distante.
De cualquier modo, Isabel,
don Juan, inconstante ó muerto,
pues ni aun escribe, es lo cierto
que nada hay que esperar de él.

ISABEL. Pero si suerte fatal
se lo impidiera, y me amara,
¡por quien soy que le esperara!

D. PEDRO. ¡Isabel, no hicieras tal!
No; yo no tengo, hija mia,
de ese hombre noticias ciertas,
mas considera, y lo aciertas,
que hoy es de tu boda el dia.
Ni yo propondré mas plazos,
ni los admitiera el conde;
al que llegue corresponde
tu amor.

ISABEL. Pero ¿y si á mis brazos
llegan á un tiempo los dos?

D. PEDRO. Los dos se lo arreglarán,

R INST. OXFORD

aunque á fé que no serán
tan exactos vive Dios.

ISABEL. ¡Ay padre, que puede mas
el vuestro en vos que mi empeño,
y estoy ahora en vuestro ceño
viendo mi suerte quizás.

D. PEDRO. ¿Isabel, te has vuelto loca?

ISABEL. Mejor lo quisiera estar,
señor, para no arrostrar
la suerte cruel que me toca.
Él es pobre y es soldado,
el conde es rico y es noble,
y esto hace que el mal se doble
contra el otro desdichado.

D. PEDRO. ¿Y acaso crees, hija ingrata,
que te tuviera en tan poco
que asi te cambiara loco
por un puñado de plata?

ISABEL. Yo nada creo, señor.

D. PEDRO. ¿Ó piensas que el conde fuera...?

ISABEL. Padre, el conde es una fiera
y cualquier otro es mejor.
El vulgo el tigre le llama,
y caverna á su palacio:
considerad con despacio
si esposo con esa fama
conviene á muger alguna.

D. PEDRO. Entre ambos has elegido,
y uno ha de ser tu marido;
válgate pues tu fortuna.

ISABEL. ¡Padre, por piedad! (*De rodillas.*)

D. PEDRO. Aparta.

ISABEL. ¡No, no podeis en conciencia
fulminar una sentencia
tan cruel!

D. PEDRO. Mi paciencia es harta
para tu llanto, Isabel,
y sea aficion, sea capricho,
si antes llega, ya está dicho,
tu marido ha de ser él.
Tu padre soy, y solemne
palabra á entrambos les dí:

y aunque ella te pese á tí
mi palabra está perenne.

ISABEL. ¡Ay padre! ¿y toda la vida
seré de quien odio presa
por una fatal promesa?

D. PEDRO. Que hoy ha de quedar cumplida:
con ese reló consulta,
que desde aquí al medio dia
hay un cuarto todavía;
mira bien lo que resulta. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISABEL.

Un cuarto falta, ¡ay de mí!
y si fé don Juan me guarda
solamente porque tarda
¿habrá de perderme así?
Él, tan noble y tan honrado,
si es que su amor alimenta
¿no vendrá á pedirme cuenta
del amor que me ha dejado?
¿Mas si no viene don Juan?
¿si sin que nada lo impida
del plazo antiguo se olvida
cual sus promesas lo estan?
Entonces... saben los cielos
que le aguardaré tambien
mientra incompletos esten
con mi plazo mis recelos.
Y á ser cierto... ¡Ay de mí triste!
ni á imaginarlo me atrevo,
que á este desengaño nuevo
mi corazon se resiste.
¡Ni una carta en todo un año...!
¿Mas él no pudo escribir
y otro sus cartas abrir
interesado en mi daño?
¡Mi padre...! ¡tal vez atino!
y acaso todos los dias
que han fingido cartas mias
para engañarle imagino.

¡Ay si él me pudiera oir!
¡Si á sus oidos llegara
mi voz y le recordara
que el plazo se va á cumplir!
¡Si él engañado y yo ciega,
y amándonos todavía
pasa el año y pasa el dia
y yo aguardo y él no llega!
¡Ay! y él mismo me advirtió
que si por muerto le daban
del plazo antes, me engañaban:
sin duda que sospechó.
¡Oh! desdichado don Juan,
si te dicen que inconstante
te he olvidado un solo instante
juro á Dios que mentirán.
Sí, sí; los oidos cierra
á tan pérfida ficcion,
que solo mi corazon
tu amor y tu nombre encierra.
Diez minutos... ¡ah...! ¡deliro! (*Mira al reló.*)
A cada instante que pasa
mi esperanza es mas escasa,
y porque pase suspiro.
(*Dirigiéndose al reló.*)
Y tú, máquina infernal
que con monótona lengua
me advierte lo que se mengua
cada minuto fatal,
cesa por Dios de correr;
un dia en tu curso cesa;
da otro dia á mi promesa...
mas ¡ay! si no ha de vólver,
si él inconstante me olvida
y de ese monstruo en los brazos...
no... no, primero á pedazos
me habrán de arrancar la vida.

ESCENA VI.

EL CONDE. ISABEL.

ISABEL. ¡Ah! (*Al vér al conde.*)

CONDE. No sé que os estrañais,
Isabel, de mi venida,
pues mi ausencia está cumplida,
y vos al reló mirais.
ISABEL. Es, señor conde, que advierto
que antes del plazo venís.
CONDE. ¿De que faltan me advertís
unos minutos? Es cierto.
Veo que teneis memoria,
y que no habeis olvidado
un punto de lo pactado,
es verdad; es nuestra historia.
Mas juré volver tambien
á las doce de este dia;
si no han dado todavía
aguardaré hasta que den. (*Se sienta.*)
Con que no os paseis afan,
porque cualquiera conoce
que si no han dado las doce,
y el reló suena, darán.
ISABEL. Señor conde, á lo que creo
volvísteis con intencion
de insultarme en mi afliccion.
CONDE. Por Dios que insulto no veo
en cumpliros mi promesa,
que aunque un poco anticipada,
seis minutos no son nada
cuando un año se interesa.
ISABEL. Sí, pero debeis saber
que entra en la lista un tercero,
y en seis minutos no infiero
que no pueda aparecer.
CONDE. En verdad que si estuviera,
señora, en ese pasillo,
que llegara era sencillo
con pocos pasos que diera.
Mas como yo para mí,
salvo error, tengo por cierto
que no vuelve ningun muerto
aunque lo prometa asi.
ISABEL. ¡Qué decís!
CONDE. Yo nada digo.

ISABEL. ¡Qué...! ¡Don Juan...!
CONDE. Con honra y prez
alcanzó á don Juan su vez
en un balazo enemigo.
ISABEL. ¿Y á tal momento venís
con tan infausta noticia?
¿No veis que arguye malicia?
CONDE. Hasta hoy se ignoró.
ISABEL. Mentís.
CONDE. ¡Miento! Leed, y pensad
que sobre esa firma deja
lo que tener aconseja
por su postrer voluntad. (*La da una carta.*)
ISABEL. Mentís.
CONDE. Y de ello testigo
nos la ha traido un soldado
que fué en el campo lisiado
con él, y fué muy su amigo.
ISABEL. Mentís.
CONDE. Tomad el papel.
ISABEL. ¡Es la letra de don Juan!
CONDE. Ya veis que os fué el capitan
hasta morir siempre fiel.
ISABEL. (*Lee.*) "*En vano fué, Isabel mia,*
mi fortuna y mi valor,
que acabo aqui con mi amor
antes del año y el dia.
Y pues por suerte fatal
no he de cumplir mi promesa,
á Dios; sé que te interesa
casarte con mi rival."
Si fuera cierto...
CONDE. Yo sé
que tras de aqueste pesar
no os debiera recordar
ni mi razon ni mi fé.
Que esperé un año y un dia
como lo habiais propuesto,
ni que del lance funesto
sabedor, á ello venia.
Con vuestro padre de acuerdo
vengo á deciros, señora,

que pues esta casa ahora
no es mas que un triste recuerdo
que os prensará el corazon,
que os vengais á mi palacio,
donde habreis con el espacio
de templar vuestra afliccion.
Galas, fiestas ni placer
alli no os han de faltar,
y asi os podeis consolar,
pues hay tiempo y sobra muger.

ISABEL. ¿Yo con vos el mismo techo
tengo, conde, de partir?

CONDE. Y aun en mi cuarto vivir,
si el vuestro os parece estrecho.
Con que vamos.

ISABEL. Apartad:
señor conde, esta es mi casa,
y de lo admisible pasa (*Irania.*)
vuestra noble caridad.
Si estos objetos que adoro
no consuelan mi dolor,
tan solo le harán mayor
vuestros artesones de oro.
Y si os prometí mi mano
pasado un año y un dia,
fué solo porque queria
dar tiempo á don Juan; y en vano
alucinarme pensais
con fábulas que no creo,
señor conde, porque os veo
las cartas con que jugais.

CONDE. ¿Desconoceis pues su letra?

ISABEL. Conozco á don Juan mejor,
y una muger con amor
aun imposibles penetra.
Si él escribió este papel
ó no, yo lo ignoro, conde;
mas tampoco se me esconde
la razon y origen de él.

CONDE. ¿Es decir que no creeis
lo que esa carta os anuncia,
y aunque él á su amor renuncia

vos renunciar no quereis?

ISABEL. ¿Él, tan amante y tan fiero,
renunciar mi amor por vos...?
¿y al morir? Soñais por Dios,
se condenara primero.
Ya os conocia al partir,
pues me aconsejó por suerte
que no creyera en su muerte
el plazo antes de cumplir.

CONDE. Pues mirad ese reló
y pensad lo que os conviene,
porque don Juan ya no viene,
basta que os lo diga yo.

ISABEL. ¡Monstruo! ¡habeis comprado acaso
su sangre!

CONDE. Aun no lo pensé;
mas como obreis, obraré;
con que no deis un mal paso.

ISABEL. ¡Hombre vil, para qué plazos
infamemente poner
si los habias de hacer
con mi corazon pedazos?

CONDE. Y oidme en fin, Isabel,
porque esta historia, aunque corta,
mucho saberla os importa
cuando no por vos, por él.
Yo soy... quien soy; ahora un conde
rico, tenaz, iracundo,
que aprendí un poco de mundo
no importa saber en dónde.
Tengo un repleto tesoro,
independencia y poder,
mas fáltame una muger
que me ayude á gastar oro.
Yo que he pasado mi vida
allá en larga soledad,
no quise en la sociedad
agenciarme una querida.
Porque un hombre como yo
que fué un valiente y no mas,
es algo brusco quizás
para enamorar... y no

quise comenzar tampoco
por hablar de mi bolsillo,
que obrara como un chiquillo,
y me avergonzara un loco.
En tal situacion os vi,
y como yo en mi futura
solo buscaba hermosura,
me dije pues: ya está aqui.
Os pretendí en toda forma,
os negásteis, cavilé,
inquirí y averigüé,
y al cabo dí con la horma
de mi zapato: era un mozo
militar, que está ausente;
yo os abordé, y vos valiente
resistísteis que fué gozo.
Al fin porque no venia,
sin dar á torcer el brazo
me señalásteis un plazo
fatal de un año y un dia.
Esperé el dia y el año,
mas no con descuido tal
que al fin viniera fatal
tras el tiempo, el desengaño.
Yo á ese don Juan nunca vi,
pues no estaba en mi papel
el acercarme yo á él,
sin que él se viniera á mí.
Vuestro padre, que primero
os dejó vuestro albedrío,
fué despues amigo mio,
y encontró en mí un caballero.
Prometióme vuestra mano
si el plazo fuere cumplido,
y está todo prevenido
con cura y con escribano.
Ahora bien, Dios me es testigo
de que si voy desairado,
vuelva ó no vuelva el soldado
por fuerza os casais conmigo.
Luego, vuelva en hora buena,
que puesto yo en alta mar

con cualquier viento sé andar
dia y noche á vela llena.
Con que elegid.

ISABEL. ¡Dios eterno!
¿qué hombre es este cuyo antojo
atropella vuestro enojo
y se rie del averno?

CONDE. Mirad que á escoger os dí,
y basta de vituperios,
porque todos los misterios
se acabaron para mí.
Yo os amo, y la resistencia
que habeis dado en oponerme
no hace mas que convencerme
de que basta de paciencia.

ISABEL. (*A la ventana.*)
¡Oh! vuelve, vuelve, don Juan;
morir prefiero contigo
á tenerle por amigo.

CONDE. Es inútil vuestro afan.
Ved mi gente á vuestra puerta.
¿Creeis que si á ella llegara
con vida el dintel pasara?

ISABEL. ¡Vírgen Santa, yo estoy muerta!
Alli esperándole estan;
los tuyos son, tigre astuto...

CONDE. Mirad que falta un minuto,
y es la suerte de don Juan.

ISABEL. ¿Con que aun vive?

CONDE. ¿Y qué sé yo?

ISABEL. Lo has dicho.

CONDE. No insistas mas,
que no has de verle jamas
mientras que yo viva, no.
Yo estoy mal acostumbrado
á haber cuanto necesito;
lo que no me dan, lo quito,
y asi nada me ha faltado.
Tras un año de esperar
¿crees tú que te he de perder?
No, tú serás mi muger.

ISABEL. Primero me has de matar.

CONDE. Eso no suele efectuarse
aunque se suele decir,
que entre casarse y morir
siempre vale mas casarse.

ISABEL. ¡Oh! sí, sí, razon teneis;
olvidad lo que os he dicho,
mas en vos es un capricho
mi amor, porque los teneis
vosotros los grandes, sí,
y os fingís en vuestro orgullo
que el vulgo alzará murmullo
si desistís, ¿no es asi?
Mas mejor vuestra grandeza
y justicia acreditais
cuando razon ótorgais
si os la esponen con nobleza.
Ved mis lágrimas, señor;
yo en este valle escondida
no vi ni tuve en mi vida
ni otro don Juan ni otro amor.
Él fué mi sola esperanza,
en él cifré mi ventura,
por él amé la hermosura
que acaso mi rostro alcanza.
Yo soy solo una muger
que por mí no puedo nada,
mi pasion fué desdichada;
pero, señor, ¿qué he de hacer?
Él no tiene mas que á mí
á quien amar en la tierra,
y toda, señor, se encierra
la dicha de ambos aquí.
Si os dije que moriria,
mentí, conde, estaba loca;
lo que decia mi boca
mi corazon no sabia.
Volvedme á don Juan, señor,
que al fin á vuestros placeres
no os han de faltar mugeres
que os puedan vender su amor.

CONDE. Hechiceras ¡vive Dios!
son vuestras frases, y á fé

que eleccion soberbia fué
la que hizo don Juan en vos.

ISABEL. ¿Eso decís? ¿con que bien
puedo esperar que don Juan...

(*Se oyen muy á lo lejos las doce en un reló de torre.*)

CONDE. Escucha: las doce dan.
Si él te quiere, yo tambien.

ISABEL. ¡Ay de mí!

(*El conde pronuncia sus últimas palabras señalando á la puerta, por donde asoma en este momento don Pedro con el acompañamiento de boda. — Isabel se desmaya.*)

ESCENA VII.

(*Toman á Isabel en la silla, donde ha caido, la cubren con un velo y la sacan de la escena, siguiéndola todos. El conde y don Pedro, que salen los últimos, se encuentran en la puerta.*)

CONDE. ¿Estás contento de mí?

D. PEDRO. Sí.

CONDE. ¿Está abajo mi litera?

D. PEDRO. Todo está, y abajo espera.
Y vos ¿vais contento?

CONDE. Sí.

(*Don Pedro va á la puerta de la derecha á llamar á Gil. El conde le espia y llama á Juan desde la puerta del fondo. Aparecen dos criados que atienden á cada uno de los dos.*)

D. PEDRO. ¡Gil!

GIL. Señor.

D. PEDRO. (*Ap. á Gil.*) El potro negro
ensilla al anochecer.

CONDE. ¡Juan!

JUAN. Señor.

CONDE. (*Ap. á Juan.*) No hay que perder
de vista un punto á mi suegro.

(*A estos últimos versos empiezan á dar las doce en el reló que habrá en la escena, durante cuyo espacio el teatro quedará solo. A la última campanada entra don Juan por una puerta lateral, y mirando al reló se sienta satisfecho.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Llego á tiempo todavía:
las doce acaban de dar,
y hoy cumple el año y el dia:
¡la acierto por vida mia
si me llego á descuidar! (*Se sienta.*)
¡Pero qué piense no sé!
En este cuarto es la cita
y á nadie llegar se ve;
no parece por mi fé
que se aguarda mi visita.
¿Si con el tiempo y la ausencia
se habrá mudado Isabel?
No escribirme fué prudencia,
no aguardarme indiferencia
sería, y fortuna cruel.
Pero delirando estoy;
en mis cartas la decia
siempre que vendria hoy;
mas si no olvidó quién soy
la hora adivinar podia.
¿Mas si no las recibió?
¿si fué cierta la noticia
que de su padre...? eso no,
ni puedo entenderlo yo,
ni hay tal padre, y fué malicia
del vulgo murmurador.
Y á mas, ¿qué conseguiría?
un escándalo mayor
que á hacer mi razon mejor
tan solo conspiraría.
¡Eh! temores de soldado,
que á dudar acostumbrado
sin cesar del enemigo,
hasta duda del amigo
y la muger que ha adorado.
¡Isabel! mi bien, mi cielo,
ya estoy junto á tí otra vez,
rico, honrado, y no hay recelo

de que si á tu amor anhelo
vuelvan á hollar mi altivez.
No hay medio que me despida
padre ó rival, rico ó noble,
y á tí acercarme me impida
á quien yo cuenta no pida
de esta injuria ó se la doble.
¡Oh dichoso este momento
con que viví todo un año!
No tuve otro pensamiento,
ni otra esparanza alimento,
á toda ventura estraño.
Allá en pais enemigo
lanzado en guerra cruel,
solo he tenido conmigo
á mi Dios para testigo,
y para premio á Isabel.
Lidié, derroté, vencí;
sangre y lauros son mi huella;
honréme y enriquecí,
mas ¡vive Dios! no por mí,
yo nada quiero sin ella.
Mas alguien llega sin duda.
¡Dios mio, prestadme ayuda!
tiempo y lugar convenido,
fuerza es que el plazo cumplido
alguno á la cita acuda.
Los pasos son de muger:
¡con qué inquietud los escucho!
¿si será...? ¿y quién ha de ser?
Oh... para esperado es mucho
tanto tiempo este placer.

(*Va á salir con curiosidad y se encuentra con Clara.*)

ESCENA IX.

DON JUAN. CLARA.

CLARA. ¡Santo Dios! ¡Un hombre aqui!
D. JUAN. ¡No es ella!
CLARA. ¿Quién sois? ¿qué haceis?
¿Por dó entrásteis? ¿qué quereis?
D. JUAN. ¿Qué quiero? ¿no esperan, di,

en esta casa hoy á alguno?
¿de un plazo, no oiste hablar?

CLARA. Eso sí, pero aguardar,
me parece que á ninguno.

D. JUAN. ¿Cómo no?

CLARA. Pasó la hora
que tenian convenida,
y era cosa decidida;
casaron á mi señora.

D. JUAN. ¡Voto á Dios! ¿qué estás hablando?
¿la hora que se aguardaba
se pasó, y cuando yo entraba
estaban las doce dando?
¡Ries! desde esa ventana
tal vez me habreis visto entrar,
y me quereis engañar...
pero es diligencia vana.
Vé, di á Isabel que aqui estoy,
que se apresure á venir.

CLARA. ¿No os lo acabo de decir?
mi ama se casa hoy.

D. JUAN. Hoy se casa, ya lo sé;
crucé yo la España toda
por asistir á su boda,
ve tú si lo ignoraré.

CLARA. Pues entonces, caballero,
un poco os habeis tardado,
y hubiérais mejor obrado
yendo á la iglesia primero.

D. JUAN. Muchacha, no te comprendo.
¿Yo á la iglesia? ¿Y para qué?

CLARA. ¿Pues no sabeis? ya se ve;
pero yo lo estuve oyendo
tras esa puerta. Escuchad.
Yo creo que se aguardaba
á un don Juan que no llegaba,
y le hubieran en verdad
por mucho tiempo aguardado,
porque el pobrecito ha muerto.

D. JUAN. ¿Muerto don Juan?

CLARA. Sí por cierto.
En Flandes, era soldado.

D. JUAN. ¡Muerto don Juan! impostura.
CLARA. Yo misma al conde lo oí.
D. JUAN. ¿Al conde Reinaldo?
CLARA. Sí.
D. JUAN. ¡Maldito sea!
CLARA. Y segura
es su muerte, aunque Isabel...
D. JUAN. ¿Qué?
CLARA. Creerla no queria,
y aunque á voces respondia
que no amaba mas que á él...
D. JUAN. Acaba.
CLARA. Sentí venir
por la sala á mi señor,
y eché por el corredor,
porque no me viera, á huir.
D. JUAN. Voto á...
CLARA. Mas de una tronera,
donde me asomé á mirar,
vi á doña Isabel llevar,
cerrada en una litera.
D. JUAN. ¿A la iglesia?
CLARA. No, al palacio.
D. JUAN. ¿Del conde?
CLARA. Del conde.
D. JUAN. ¡Cielos,
ó treguas dad á mis celos,
ó á mis venganzas espacio!
CLARA. ¿Qué teneis?
D. JUAN. ¡Qué he de tener,
sino cólera y furor!
CLARA. ¡Dios mio! ¿qué os da, señor,
que os veo palidecer?
¿Qué teneis?
D. JUAN. Tengo un volcan
en que abrasándome estoy.
CLARA. ¡Mas quién sois!
D. JUAN. La muerte soy.
¿Quién seré mas que don Juan?
(*Don Pedro aparece en la puerta del fondo.*)
CLARA. }
D. PEDRO. } ¡Don Juan!

CLARA. El difunto.
D. JUAN. Sí.
Hoy hace un año y un dia
que juré que volvería:
las doce son y héme aqui.
D. PEDRO. Despeja, Clara.

ESCENA X.

DON JUAN. DON PEDRO.

D. JUAN. Buen viejo,
venid acá y contestad.
¿Me esperabais?
D. PEDRO. No, en verdad.
D. JUAN. No mintais, os lo aconsejo.
Yo sé que algun impostor
me dió en el campo por muerto.
D. PEDRO. Pésame, don Juan, por cierto,
pues sois mozo de valor,
el dejaros desairado;
mas ella misma lo quiso,
y casarla fué preciso.
D. JUAN. ¿Y el plazo?
D. PEDRO. Las doce han dado.
Y estaba tan empeñada,
que puesta frente al reló
dijo: "vamos."
D. JUAN. ¿Y partió?
D. PEDRO. A la primer campanada.
D. JUAN. ¿Y no os sugirió siquiera (*Con sarcasmo.*)
vuestra atencion previsora
que daban la misma hora
la última y la primera?
D. PEDRO. Yo la quise detener,
recordé vuestra aficion;
mas dijo: "las doce son,
si vuelve, tarde ha de ser."
El conde, era natural,
exigia la postrera
decision, y su litera
aguardaba en el portal.

Siguióla, y nada reacio,
pues asi le convenia,
llevóla en su compañía
como esposa á su palacio.

D. JUAN. Pues, y ella naturalmente (*Con sarcasmo.*)
fuése con él muy contenta,
como quien paga una cuenta
recibida anteriormente.
Y acabando de decirle
que jamas le habia querido,
como quien muda vestido
propuso al punto seguirle.
Ya comprendo ¡vive Dios!
toda esa trama infernal
que habeis fraguado tan mal,
don Pedro, entre el conde y vos.

D. PEDRO. Don Juan, lo que hablais mirad;
si ya no os ama Isabel,
no es culpa mia ni de él.

D. JUAN. Callad, mal padre, callad.
Si ella me hubiera olvidado,
como decís, no aguardara
á que el plazo se pasara
con tan rígido cuidado.
La habeis de grado ó por fuerza
casado, y decís: "ahora
vuelva don Juan en buen hora:"
mas ¡guai que el juego se os tuerza!

D. PEDRO. Don Juan, al conde eligió,
y se la dí á su marido.

D. JUAN. ¡Mentís! Se la habeis vendido
al que antes os la compró.
Dijisteis, mozo y soldado,
si vuelve don Juan de Flandes
hará desaciertos grandes
de mozo y de enamorado.
Le culparemos al conde,
cometerá un atropello,
la justicia vendrá en ello
y el fin á nadie se esconde.
Lo veo y no lo concibo;
pero, don Pedro, os lo juro,

si de ello quedo seguro
nos veremos ¡por Dios vivo!

D. PEDRO. Lo que quisiereis pensad,
porque de cualquier manera
hija mia Isabel era
y esta fué mi voluntad.
¿Ó queréisme hacer la afrenta
de no hallarme con derecho
de poder hacer lo hecho
sin ir á pediros cuenta?

D. JUAN. Es que habeis contado mal,
aunque en esas cuentas ducho,
que aprendí, don Pedro, mucho
en Flandes y en Portugal.
A mis sospechas primeras
á España me hubiera vuelto,
mas yo me partí resuelto
á morir con mis banderas.
Mucho me aguijó el amor,
mas mucho el honor me tuvo,
y en duda un punto no estuvo,
lo primero era el honor.
Quedéme y nada temí,
en su constancia fiado,
porque á fé que tan malvado
nunca, don Pedro, os creí.

D. PEDRO. Mirad que soy...

D. JUAN. Ya lo sé.
Si en vos su padre no viera...
mas echad temores fuera,
yo siempre os respetaré.
Y en fin, ¿qué me contestais?
¿me dais á Isabel ó no?
porque á tiempo llegué yo,
y vos aun á tiempo estais.
Dársela al conde es venderla;
yo he vuelto; y rico y honrado,
buen marido y buen soldado
puedo honrarla y protejerla.

D. PEDRO. Pues don Juan, si sois tan hombre
y la amais como decís,
os la daré si añadís (*Con intencion.*)

apellido á vuestro nombre.

D. JUAN. Y decidmé, ¡ira de Dios! (*Colérico.*)
pues me haceis tal vituperio
y vivís con tal misterio,
¿qué apellido teneis vos?
¿cuál es vuestra patria? ¿cuál
vuestro nombre?

D. PEDRO. (¡Dios, qué escucho!)

D. JUAN. Ya veis que he aprendido mucho
en Flandes y en Portugal;
y que no sois vos tan diestro
dando en que sin nombre estoy,
cuando yo tambien sé hoy
que teneis doblado el vuestro.

D. PEDRO. Pues bien, ya que declarais
que tan bien me conoceis,
los secretos que sabeis
mirad cómo los guardais.
Porque todos caminamos
con una sombra detras
que no nos pierde jamas,
y va, don Juan, donde vamos:

D. JUAN. Sí, mas todos recibimos
al nacer un angel bueno,
que de peligros ageno
nos guarda mientras vivimos.

D. PEDRO. Pedidle que de su mano
un solo instante no os deje. (*Vase.*)

D. JUAN. Y al vuestro que os aconseje
proceder menos villano.

ESCENA XI.

DON JUAN.

Todo á un golpe lo aventuro,
mas no olvidaré el aviso;
librarnos de él es preciso
por cualquier medio seguro.
Ahora bien, tiempo es de obrar;
jamas lo quise creer,
mas no hay tiempo que perder,

si me ama la he de salvar.
(*Saca una carta con otra dentro.*)
Aqui está la misteriosa
carta: en ella me asegura
no sé quién que en mi ventura
se interesa... una gran cosa.
(*Lee.*) "Si es que os niegan á Isabel
»(dice) y estais en amarla,
»creed para recobrarla
»lo que dice este papel.
»Pero si sois caballero,
»por vana curiosidad
»no le leais... aguardad
»á que os la nieguen primero:"
y pues ya me la negaron,
ábrole y...

ESCENA XII.

Sale UNA MUGER *con manto &c.*

MUGER. ¿Es don Juan
con quien hablo? ¿un capitan
que en Flandes...?
D. JUAN. No os engañaron
en mis señas... don Juan soy.
MUGER. ¿Una carta recibísteis
y otra con ella, que debísteis
no abrir ni leer... hasta hoy. (*Mirando al reló.*)
D. JUAN. Es cierto.
MUGER. Pues si sois hombre
cual os pregona la fama,
una cita de una dama
debeis admitir.
D. JUAN. ¿Su nombre?
MUGER. Es un secreto.
D. JUAN. Es ahora
imposible... y permitidme...
(*Haciéndose la desentendida.*)
MUGER. ¿Desconfiais? pues oidme,
y os daré el sitio y la hora.
D. JUAN. Mas... (*Amostazado.*)

MUGER. (*Recitando con intencion.*)
"*Si os niegan á Isabel*
»y os empeñais en amarla,
»haced para recobrarla
»lo que os dice ese papel."

D. JUAN. ¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Sois vos...
quien escribió...?

MUGER. Leed y obrad.

D. JUAN. Pero decidme.

MUGER. ¡Acabad,
don Juan, leedlo por Dios!

D. JUAN. (*Lee.*) "Si un dia os dan una cita
»y á esta carta se remiten,
»admitid do quier que os citen.
»Quien la escribe os necesita
»para abriros un camino,
»que os hará tener sujetos
»del conde muchos secretos
»y dueño de su destino."
Hablad, hablad.

MUGER. Imposible
en este sitio, don Juan,
que acaso espiando estan
mis pasos ya.

D. JUAN. ¡Oh, qué insufrible
tormento! ¿Y cuándo ha de ser?

MUGER. Si de mí quereis serviros,
en la cruz de los suspiros
estad al anochecer.
Si sois hombre de valor
vuestro amor recobrareis;
y os advierto que os guardeis:
hasta la noche, señor. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Hasta la noche, eso sí,
seas quien quieras, misteriosa
muger, de cuya amorosa
voz esperanzas oí,

donde quiera iré tras tí,
por do quier te seguiré,
tierra y mar recorreré
por ese nombre bendito
que invocaste, y que repito
como norte de mi fé.

ESCENA XIV.

DON JUAN. UN HOMBRE EMBOZADO. (*Juan.*)

EMBOZADO. ¿Sois don Juan... vuestro apellido
no recuerdo.
D. JUAN. ¿Qué quereis?
EMBOZADO. Si sois hombre de valor,
como os quieren suponer,
yo vengo aqui á proponeros
un desafio.
D. JUAN. ¿Con quién?
EMBOZADO. No me lo dijo.
D. JUAN. ¿La causa?
EMBOZADO. ¿La causa? vos la sabreis;
lo único que advertiros
me mandó en su nombre fué
que al lugar que ha señalado
tan despacio no llegueis
como á la cita del plazo
y de las doce despues.
D. JUAN. (*Resuelto.*)
¿Las armas?
EMBOZADO. Las que llevareis.
D. JUAN. ¿La hora?
EMBOZADO. Al anochecer.
D. JUAN. ¿El sitio?
EMBOZADO. En la cruz de los
suspiros: ¿sabeis dónde es?
D. JUAN. Sí; pero tengo otra cita
á esa hora y no puede ser.
EMBOZADO. ¿Y será mas importante
que un desafio?
D. JUAN. Sí á fé.
EMBOZADO. ¿Es decir que rehusais?

D. JUAN. (*Con desprecio.*)
Esclavo, la lengua ten,
ó pronto con esta daga
te la clavo en la pared.
Dile que allí ha de encontrarme
una hora antes ó despues.

EMBOZADO. Sea despues.

D. JUAN. En horabuena.

EMBOZADO. Allí irá.

D. JUAN. No faltaré.
Podré matarle ó morir,
pero sabiendo quién es.

(*Vase el embozado por la puerta del fondo y don Juan por la lateral. —Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Campo. A la derecha una caseta, ó ruina de ermita, cuyo interior esté á la vista. A la izquierda en el fondo una cruz de hierro con una puerta ó trampa secreta en el pedestal. Arboles y maleza. — Anochece.

ESCENA PRIMERA.

GIL, que aparece en escena al alzar el telon.

Receloso anda don Pedro;
parece que su amistad
con ese conde... ¡ha visto uno
tantas de estas cosas ya!
En fin, todo en esta vida
se acaba, y no es de estrañar
que amistades mal trabadas
vengan á acabarse mal.
Mas tarda mi amo, el caballo
mandóme á esta hora ensillar,
y sacársele á este punto,
y á esta hora... ¿y dónde irá?

ESCENA II.

GIL, embozado. JUAN.

JUAN. (Allí está Gil.)
GIL. (¡Alguien llega!)
JUAN. (¡Oh! disimula el truan.)
GIL. (Parece que está despacio.)
JUAN. (Llégome á él.)
GIL. ¿Quién va allá?
JUAN. ¡Calla! ó me engaña la voz...

¡Oh mi buen Gil!

GIL. ¡Oh buen Juan!

JUAN. ¿Tú por aquí?

GIL. ¡Ya lo ves!

JUAN. ¿Y qué diablo haces?

GIL. Pasear.

JUAN. Pues yo há tiempo que te miro,
y un paso no has dado.

GIL. ¡Bah!
¡qué necio eres!

JUAN. Ciego en caso
me debias de llamar;
pues no vi si te movias.

GIL. Y ciego sin duda estás.
¿No ves la cruz?

JUAN. ¡Ah, rezabas!

GIL. ¡Pues es claro! ¿he de pasar
junto á ella como un perro
que sobre su rastro va?

JUAN. Tienes razon. Mas, ¿quién diablos
se habia de imaginar
que pasearas á estas horas
con frio y con niebla tal?

GIL. Caprichos con que uno nace.

JUAN. ¡Vaya un capricho!

GIL. ¡Ahí verás!

JUAN. (Solapado es el buen Gil.)

GIL. (Importuno es el buen Juan.)

JUAN. Gil, tú estás de mal humor.

GIL. No por cierto.

JUAN. La verdad,
¿no estás contento con tu amo?

GIL. Al reves, lo estoy demas.

JUAN. ¿Te paga bien?

GIL. Mas que quiero.

JUAN. ¿Y tú le sirves...?

GIL. Leal,
duermo á su lado, y le busco
cuanto puede desear.
Y á tí, Juan, en el castillo
¿te va bien?

JUAN. No me va mal.

Mas dime: dicen que tu amo
es algo particular;
que tiene una historia larga,
borrascosa.

GIL. Sí tendrá...

JUAN. Vamos, que algo sabrás tú.

GIL. ¡Si me la habrá ido á contar!
¿No te parece?

JUAN. Eh, quien sirve
siempre al olorcillo está
de lo que guisan sus amos.

GIL. ¿Sí, eh? pues entonces, Juan,
dime: ¿es cierto que tu amo
encubre y es capataz
de cuantos contrabandistas
en estos contornos hay?

JUAN. (¡No es tonto Gil!) ¡Qué locura!

GIL. Pues el vulgo lenguaraz
lo susurra.

JUAN. Ya lo sé;
mas tiene tanta verdad
como decir que tu amo
á todo el mundo nos da
gato por liebre, y no es quien
él dice.

GIL. ¡Qué necedad!

JUAN. Pues el vulgo lo murmura.

GIL. Pues se engaña.

JUAN. Así sepá.
(Ni con palancas le sacan
lo que se cierra en callar.)

GIL. (Está visto, Juan me espía.)

JUAN. (Claro, esperándole está.)

GIL. (Veamos.)

JUAN. (Vamos á ver.)
Oye, Gil.

GIL. Escucha, Juan.

JUAN. Di.

GIL. Di tú.

JUAN. ¿Es tuyo aquel potro?

GIL. ¡Eh! ¿Qué potro?

JUAN. Aquel que está

atado á aquel sauce.

GIL. ¡Ah! sí.
Mas no es ya potro.

JUAN. ¿Qué edad
tiene?

GIL. Ocho años, y muermo,
y un horrendo esperaban.

JUAN. Pues lo disimula mucho.

GIL. Ha sido un bravo animal:
¿le has visto de dia?

JUAN. Vaya,
le conozco meses há:
le monta siempre don Pedro.

GIL. Sí; como monta muy mal,
y es tan dócil... (Pues señor,
en vano es disimular.)

JUAN. (Pues señor, eso es.) ¿Tu amo
se marcha?

GIL. Sí.

JUAN. ¿Dónde va?

GIL. A ese lugar inmediato.

JUAN. ¿Y por mucho tiempo?

GIL. ¡Quia!
Ha de volver esta noche
á casa.

JUAN. Listo ha de andar.

GIL. Es corredor el caballo.

JUAN. ¿Sí? pues ¿y el esparaban?

GIL. No hará mas que hincharse un poco;
hay media legua no mas.

JUAN. (Al fin ya desembuchó.)
Vaya, á Dios Gil. (*Vase Juan y vuelve.*)

GIL. A Dios, Juan.
¡Mucho apuraba el tunante;
nunca le vi tan tenaz!
Torzamos rumbo: su encuentro
muy mala espina me da.

JUAN. (*Saliendo.*) Oye, Gil.

GIL. ¡Calla!. ¿estás ahí?

JUAN. No me he querido marchar
sin darte algun buen consejo.

GIL. Estimo la caridad.

JUAN. Mira, muchas, muchas noches
no vengas á este lugar.
GIL. ¿Por qué?
JUAN. ¿No sabes?
GIL. ¿Yo? nada.
JUAN. ¿Ves esa ermita?
GIL. Sí tal.
JUAN. Pues ahí vive una bruja.
GIL. ¡Cómo!
JUAN. ¿No has oido hablar
de ella en el pueblo?
GIL. Mil veces.
JUAN. Pues mora ahí.
GIL. ¡San Julian!
Y cuentan cosas atroces
de su poder infernal.
JUAN. Y si te encuentras con ella
maleficiarte podrá
con un soplo.
GIL. Dios me asista,
no aportaré yo aqui mas.
JUAN. Harás bien.
GIL. Corriendo á casa
vóime.
JUAN. A Dios, Gil. (*Vase.*)
GIL. A Dios, Juan.
(A apostarme en otro sitio
voy, y á don Pedro á aguardar.) (*Vase.*)

ESCENA III.

Por otro lado UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS *con* UN SOLDADO, *embozados.*

OFICIAL. ¿Con que todo está hecho?
SOLDADO. Todo.
El valle cercado está.
OFICIAL. Bien; que esten todos dispuestos
á la primera señal.
SOLDADO. ¿Con que la noticia es cierta?
OFICIAL. Terminante el pliego está;
del mismo rey es la orden,

y con gran severidad
fuerza es tratar el asunto.
Alerta pues.

SOLDADO. Descuidar.

OFICIAL. Aqui es la cita, y ya es hora;
pronto la oracion dará.
Me ocultaré, no dé con
algun curioso quizás.

ESCENA IV.

TOMAS, embozado.

Este es el lugar sin duda
que aquel hombre me marcó.
Sí, allí el pueblo, aqu la ermita,
la cruz allá... ¡quiera Dios
que no haya olvidado el dia,
y oiga el dar de la oracion!
Ya estoy al fin en mi patria:
sí, libre y resuelto estoy;
no mas obrar ni vivir
contra mi propia razon.
Ya es tiempo de que se espíe
aquel atentado atroz.

(*Un momento de pausa. Tomas se pasea: las campanas á lo lejos tocan á la oracion.*)

Esta es la hora convenida:
esperaré.

ESCENA V.

TOMAS. EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS.

OFICIAL. En rededor
de aquella cruz veó un bulto.

TOMAS. ¿Quién va?

OFICIAL. ¿Quién viene?

TOMAS. Quien hoy
busca puerto en que fondear.

OFICIAL. (Él es.)

TOMAS. (Él es.)

OFICIAL. Eh, patron,

¿de qué lado sopla el viento?

TOMAS. De la costa y de babor.

OFICIAL. Vos sois, pues, á quien yo busco.

TOMAS. Y á quien espero sois vos.
Buenas noches.

OFICIAL. Buenas noches.
¿Cumplido habeis?

TOMAS. Hombre soy
que no ha mentido jamas;
y aunque muestra mi esterior
la librea del delito,
puro está mi corazon.

OFICIAL. ¿Dónde está el barco?

TOMAS. Aguardando
mi señal.

OFICIAL. ¿La relacion
escrita?

TOMAS. Aqui está, tomadla:
no será muy superior
su lenguaje, pero es claro
y tan cierto como el sol.

OFICIAL. ¿En qué año fué?

TOMAS. Ya hace veinte:
la fragata se abordó.
Yo lidié desesperado
al lado de mi señor,
pero fué inútil; ninguno
de nuestra tripulacion
pudo escapar con la vida
mas que un pobre niño y yo.

OFICIAL. ¿Y cómo, pues?

TOMAS. ¡Oh! le amaba
con todo mi corazon,
y hubiera muerto antes que él,
segun era mi furor;
mas les asombró mi audácia
y el capitan nos salvó.

OFICIAL. Y fuísteis sus compañeros.

TOMAS. Esclavos decid mejor.

OFICIAL. Esplicaos.

TOMAS. Esta historia
nos toca solo á los dos;

con que dejadla que quede
para siempre entre él y yo.

OFICIAL. Mas vos su lugar-teniente
habeis sido, y aun lo sois.

TOMAS. Cuando ese papel leais,
vereis que si me nombró
fué para tenerme lejos
cautelosa precaucion.

OFICIAL. Mas ¿no podíais mandar
cuanto os diere gana vos?

TOMAS. Sí, mas fondear no podia
sino á antojo y eleccion
de un piloto, á cuyas órdenes
taimado me sujetó
mientras á vista de tierra
se hallara la embarcacion.

OFICIAL. ¿Y qué premio á este servicio
pensais pedir para vos?

TOMAS. Me entrego á vos, capitan,
y si me haceis concesion
de unos dias, para ver
qué es lo que ha dispuesto Dios
de la gente que dejé
al partir con mi señor
para América, me basta.

OFICIAL. ¿No vale mas que perdon
en un memorial pidais?

TOMAS. Confesárame traidor
si lo hiciera, y las desdichas
en nadie crímenes son.

OFICIAL. Mas ahora que delatais...

TOMAS. (*Interrumpiéndole.*)
A nadie; yo solo soy
de la justicia divina
instrumento vengador.
Si solo de mis desgracias
le culpara, acusacion
contra ese hombre no entablara;
mas del mundo en rededor
anda algun otro, tal vez
sin amigos, sin mansion,
y sin fortuna y sin nombre,

y á fé que en honra nació,
de lo que goza usurpado
mejor que él merecedor.

OFICIAL. Aquí hay un misterio grande
que escapa á mi comprension,
mas convencerme no puedo
de que seais un impostor.

TOMAS. No, juro á Dios.

OFICIAL. No jureis,
y oid: ¿en disposicion
estais de comparecer
en el tribunal?

TOMAS. Sí estoy,
y á jurar cuanto hay escrito
en esa carta ante Dios;
y tales pruebas daré
que disipen todo error.

OFICIAL. ¿Si yo os llamo...?

TOMAS. Estaré siempre
pendiente de vuestra voz.

OFICIAL. ¿A cualquier tiempo?

TOMAS. A cualquiera.

OFICIAL. De esa manera, id con Dios.
Veinte y cuatro horas teneis
á vuestra disposicion.

TOMAS. Aquí me tendreis mañana.

OFICIAL. ¿A qué hora?

TOMAS. Al ponerse el sol.

OFICIAL. (Voy pues á cercar desde esta
todo el valle en derredor.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

TOMAS.

Espíritus sin sepulcro,
inmolados á traicion,
aun teneis sobre la tierra
un amigo, un vengador.
Si aun queda de vuestra raza
el solo que se salvó,
verá que no he olvidado

mi fé, ni mi obligacion.
Mas no hay tiempo que perder:
ya es fuerza pensar en mí,
(*Va á retirarse y ve á lo lejos á Elena, que llega.*)
y ver si me dan aquí
luz alguna... ¡Una muger!
Un farol trae en la mano
que su camino la alumbre.
¡Lo que puede la costumbre
en el corazon humano!
¡Un ser sobrenatural
la creyera un campesino
cruzar viéndola el camino
con paso y figura tal!
Mas me ocurre un pensamiento:
si de ella pudiera acaso...

ESCENA VII.

TOMAS. ELENA.

ELENA. (Aquel hombre no da un paso:
¿si será él?)
TOMAS. (Me iré contiento,
sin embargo.)
ELENA. (Harto esperar
es á la impaciencia suya.
Si es él, no sé lo que arguya.
No importa, voy á pasar
junto á él; puede no haberme
desde lejos conocido.)
TOMAS. (Se acerca, yo me decido.)
Buena muger, si ofrecerme
podeis ayuda, yo os ruego...
ELENA. (No es él.) ¿Qué quereis de mí?
TOMAS. De muy lejos llego aquí,
y descaminado llego.
¿Me direis si en el que estoy
es en verdad mi camino?
ELENA. ¿Y adónde es vuestro destino?
TOMAS. Al palacio moro voy.
ELENA. (Cielos.)

TOMAS. ¿Dista mucho?
ELENA. No;
mas la subida es fatal,
y á esta hora hareis muy mal
en emprenderla.
TOMAS. Si yo
el terreno conociera
á emprenderla me arriesgara,
ó en algun pueblo buscara
una posada, si hubiera.
ELENA. Inmediato está Lubrin:
por ese sendero estrecho
vais á este lugar derecho,
que en sus calles tiene fin.
TOMAS. ¿Habitais en él?
ELENA No, á fé:
y á lo que oyéndoos infiero
que todavía estrangero
sois aqui, claro se ve.
TOMAS. Decidme: ¿por qué razon?
ELENA. Porque si no fuera asi,
no os encontrarais aqui
tan cercano á mi mansion.
TOMAS. ¿Pues qué hay de ella que temer?
ELENA. Nada sin duda; esta ermita
hace ya años que la habita
solamente una muger.
Pero tened muy presente
que desde que el sol se pone
rarísima vez se espone
á pasar por aqui gente.
Seguid pues vuestro camino,
y buenas noches.
TOMAS. ¡Qué es esto!
ELENA. (Que dejar le hará imagino
la supersticion el puesto.)
(*Elena entra en la ermita.*)
TOMAS. Aqui hay misterio: el retiro
y el secreto necesita
tal vez, y dió á aquesta ermita
ese misterioso giro,
que el vulgo supersticioso

respetará... ¿Pero á mí,
qué me importa que obre así?
Déjola pues en reposo,
y á lo que me atañe voy.
(*Va á salir y se encuentra con don Juan.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. TOMAS.

D. JUAN. ¿Quién va allá?
TOMAS. Un hombre.
D. JUAN. ¿Qué pasa,
ó qué espera?
TOMAS. Busca casa.
D. JUAN. ¿Sois forastero?
TOMAS. Sí soy.
D. JUAN. Mi posada os ofreciera
si pudiera á ella tornar.
TOMAS. ¿Vecino sois del lugar?
D. JUAN. Lo mismo que si lo fuera,
porque como es tan pequeño...
TOMAS. ¿Conoceis su poblacion?
D. JUAN. Sí.
TOMAS. ¿Podriais dar razon...?
D. JUAN. De cualquiera á quien empeño
trajéreis en encontrar.
TOMAS. Me hareis muy grande favor.
D. JUAN. Pero con otro mayor
me lo tendreis que pagar.
TOMAS. Decid.
D. JUAN. Tengo en este instante
dos citas, á que acudir:
en la una voy á reñir;
en la otra un importante
secreto voy á saber,
el cual tal vez asegura
mi felicidad futura
y el honor de una muger.
Cumplir á un tiempo las dos
si me tardo en la primera,
no me es posible aunque quiera;
tomad una sobre vos.

TOMAS. ¡Cómo!
D. JUAN. Si sois caballero
una de ellas elegid,
ó á oir el secreto id...
TOMAS. Eso no, reñir prefiero.
D. JUAN. ¡Oh! gracias; pero preciso
no será tanto sin duda;
cuando mi contrario acuda
si yo no estoy, dadme aviso.
TOMAS. Bien, bien; yo haré mi deber,
que tenga ó no de reñir.
D. JUAN. ¿Y ahora me podreis decir
á quién quereis conocer?
TOMAS. Sí, busco á un hombre, un villano
cuya historia es algo estraña;
pasó há tiempo á nueva España,
de un corsario siciliano
fué cautivo...
D. JUAN. (*Con amargura.*)
¡Ah! ¡sé de un hombre
á quien conviene esa cruel
historia!
TOMAS. ¿Y qué ha sido de él?
D. JUAN. ¡Sábelo Dios!
TOMAS. ¿De su nombre
os acordais?
D. JUAN. Si eso prueba
que con el alma le amaba...
TOMAS. Oh, concluid. ¿Se llamaba
Tomas Ruiz de Villanueva?
D. JUAN. Sí, sí: ¿conocéisle vos?
¿dónde está?
TOMAS. Y vos, que afan tal
mostrais por él, ¿cuál es, cuál
vuestro nombre? ¿entre los dos
qué relacion hay?
D. JUAN. La vida,
que en sus brazos recibí,
cuanto soy y cuanto fuí.
TOMAS. ¡Ah! si esa historia es mentida
apártate, tentador.
D. JUAN. No, no, esa historia es la mia.

TOMAS. Entonces, ¡Vírgen María...!
D. JUAN. Tú eres: ¡cielo vengador!
TOMAS. Rodulfo.
D. JUAN. ¡Tomas!
TOMAS. Abrázame.
D. JUAN. Sí, sí; el placer me sofoca.
(*Abrázanse.*)
TOMAS. Y mis lágrimas provoca.
(*Vuélvense á abrazar.*)
D. JUAN. Aprieta, asi, despedázame.
¡Pero qué recuerdo horrible!
¿Y mi padre? ¿en qué paró?
TOMAS. Qué, ¿no has vuelto á verle?
D. JUAN. No.
TOMAS. Santos del cielo, ¡es posible!
¿Por quién te vas á batir?
D. JUAN. Por Isabel, por mi amor.
TOMAS. ¿Y con quién?
D. JUAN. Con un raptor,
si es que se atreve á venir.
TOMAS. ¿Quién es?
D. JUAN. Un conde estrangero.
TOMAS. (*Apresurado.*)
¿Que habita en ese castillo
que ocupa ese montecillo?
D. JUAN. Sí.
TOMAS. (¡Lazo infernal!)
D. JUAN. Mas quiero
saber antes si hay camino
que me haga tener sujetos
de ese hombre muchos secretos
y dueño de su destino.
TOMAS. ¿Y cómo lo has de saber?
D. JUAN. Una muger misteriosa
que por mí vela afanosa
me lo ha prometido hacer.
TOMAS. ¿La conoces?
D. JUAN. No por cierto.
TOMAS. ¿Y si es un lazo?
D. JUAN. No, no;
mas de un año há que me dió
una carta, que hoy he abierto,

ofreciéndome su amparo
si me hurtaban el tesoro
de la muger que yo adoro,
con que podia.

TOMAS. Está claro.
¿Mas dónde está?

D. JUAN. No lo sé.
Ya es la hora que me dió:

TOMAS. ¿Y aquí mismo te citó?

D. JUAN. En esa cruz.

TOMAS. Oye.

D. JUAN. ¿Qué?

TOMAS. Oigo dentro de esa ermita
rumor.

D. JUAN. Apártate á ver.
(*Se apartan, y aparece Elena.*)

ELENA. (Ya esperará.)

D. JUAN. Una muger,
y es ella.

TOMAS. ¿La de la cita?

D. JUAN. Sí; aléjate de su luz
no se esquive viendo dos,
y no me faltes por Dios
si acude ese hombre á la cruz.

TOMAS. Rodulfo, vé sin temor:
(de cualquier modo que sea
preciso es que no le vea
ese corsario traidor
aun á costa de mi vida.)
(*Vase y se oculta detras de la cruz.*)

ESCENA IX.

ELENA. DON JUAN. TOMAS.

ELENA. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Sí, don Juan soy,
y esperándoos estoy.

ELENA. Vine á la hora convenida,
mas encontré á un estrangero
que me dió que sospechar;
y que dejara el lugar

quise, de veros primero.

D. JUAN. En fin, ya estamos aquí,
y no hay tiempo que perder.

ELENA. Mucho por vos puedo hacer,
y vos mucho mas por mí.

D. JUAN. Lo que gustareis mandad,
si yo basto á conseguirlo.

ELENA. Entrad en mi casa á oirlo,
que habrá mas seguridad. (*Entran.*)

TOMAS. Entró con ella... por Dios
que entre la cruz y la puerta
puesto, he de estar bien alerta...
¡desconfio de las dos!

(*Tomas queda paseando fuera. Elena y don Juan dentro de la ermita.*)

ELENA. ¿Os estraña este misterio,
don Juan, y esta habitacion?
Tiene la supersticion
en el vulgo mucho imperio,
y por eso la elegí:
mil patrañas de ello cuentan,
y cuanto mas las aumentan
mas segura estoy aquí.

D. JUAN. Comprendo vuestra razon.

ELENA. Un año há que espío al conde,
y nada de él se me esconde
á merced de esta mansion.

D. JUAN. Mi tiempo es breve, mirad
lo que decirme quereis.

ELENA. Don Juan, poco esperareis.

D. JUAN. Pues ya os escucho, empezad.

ELENA. ¿Conoceis al conde?

D. JUAN. No.

ELENA. Pues bien, yo le he conocido
casi desde que ha nacido,
y á ser lo que es no nació.
Sus títulos, sus haciendas,
nada es suyo; es un engaño.

D. JUAN. ¿Los hubo en paia estraño
en políticas contiendas?

ELENA. No lo sé; su poseedor
verdadero estuvo ausente

largo tiempo; de repente
presentóse él sucesor.
Trajo cuantos documentos
necesitó: declaróse
como conde, é instalóse
por tal sin mas miramientos.
Desmentir su identidad,
su semblante no podia,
porque quince años hacia
que de aqui faltaba; edad
que á cualquiera desfigura;
y hacinando precauciones
esquivó las relaciones
como cosa mas segura.
Pocos meses adelante
vino don Pedro, y con él
vino esa hermosa Isabel
de quien sois tan fino amante.

D. JUAN. ¡Oh! seguid, seguid.

ELENA. Hacia
mucho tiempo, que olvidada
vivia en pobre morada
y huérfana se creia.
Él dijo: su padre soy;
tomóla de unos parientes
que por ser tan indigentes
en que la dieron estoy.
Compró casa, con decoro
en ella la hizo habitar,
y á nadie dió que pensar
el verle volver con oro,
pues de América volvia;
mas yo conozco tambien
á don Pedro, y sé muy bien,
señor don Juan, que mentia.

D. JUAN. ¿No es su padre?

ELENA. Acaso no.

D. JUAN. ¡Ah! seguid.

ELENA. Noté que amigo
del conde era, y que al abrigo
del esterior que tomó
era el único que entraba

en su torre, y armonía
con sus gentes mantenía,
y noches con él pasaba.
Entonces vinisteis vos
con vuestro destacamento,
y hubo entonces un momento
de treguas entre los dos.
Yo tras de mucho afanar,
de un anciano campesino
supe un secreto camino
al castillo para entrar.
Varias noches me introduje
en hora muy avanzada
en un ala abandonada;
y la impresion que produje
tan favorable me fué,
que el vulgo supersticioso
por fantasma misterioso
ocupada ahora la cree.
Yo de bruja en esta ermita
tal vez haciendo un papel,
os hallé con Isabel
en una y en otra cita.
Supe vuestro plazo al fin,
y me interesé por vos,
temiéndome de los dos
alguna emboscada ruin.
Espié, velé, inquirí,
y al cabo yendo y viniendo
sus maldades conociendo
á Flandes os escribí.
Y no dudeis que Isabel
víctima sacrificada
es, prenda al conde entregada.

D. JUAN. ¿Por don Pedro?

ELENA. Sí, por él.

D. JUAN. Eso no tiene, señora,
ni aun asomos de razon;
¿á qué aguardar condicion
ni plazos...?

ELENA. Oidlo ahora.
Si tanto tiempo aguardando

á que espirara estuvieron,
fué porque de vos temieron.

D. JUAN. ¿Por qué?

ELENA. Por su contrabándo.

D. JUAN. ¡Qué decís!

ELENA. Esas montañas
llenas de su gente estan;
por eso es todo su afan,
esas todas sus hazañas.

D. JUAN. No lo acierto á comprender.

ELENA. Creedlo, ese hombre es un bandido,
y nunca otra cosa ha sido,
ni otra cosa sabrá ser.

D. JUAN. Por eso hoy á mi venida
topé con una emboscada,
y á no por inesperada
ayuda, pierdo la vida.
Pero de esa relacion
en el dédalo enredado
con vuestro intento no he dado.

ELENA. ¡Ay! está en mi corazon:
todo descubierto está,
esos peñascos cercados
estan ya por los soldados
y todo á perderse va.

D. JUAN. Y bien, ¿qué quereis de mí?

ELENA. Don Juan, ¿quereis á Isabel?

D. JUAN. ¡Oh, sí!

ELENA. Pues salvadle á él,
y huya conmigo de aquí.

D. JUAN. ¿Con vos?

ELENA. Sí; le amé; y ahora
que todos á abandonarle
van, yo, yo quiero salvarle,
quiero ser su valedora.
El me abandonó traidor,
atentó contra mi vida,
mas todo el amor lo olvida,
y á todo alcanza mi amor.
Si á la costa se le auxilia
osadamente á llegar,
aun puede abrirnos el mar

camino á nuestra Sicilia;
favor por favor, don Juan.
Ó asi le salvais á él,
Ó á perder vais a Isabel.

D. JUAN. ¡Y entonces perecerán
todos, vive Dios, tras ella!

ELENA. No os halague esa esperanza,
que es temible su venganza,
y es muy fatal vuestra estrella,
capitan.

ESCENA X.

DON JUAN y ELENA, dentro de la ermita: DON PEDRO y TOMAS, fuera.

TOMAS. ¿Quién va?

D. PEDRO. Yo soy.

TOMAS. (¿Quién es?)

ELENA. (*A don Juan.*) Decid.

D. JUAN. (*A Elena.*) Escuchad:
¿no oís rumor?

ELENA. Sí.

D. JUAN. (*Escuchando.*) Callad.

D. PEDRO. ¿Estais solo?

TOMAS. Solo estoy.

D. PEDRO. Pues vamos.

TOMAS. Vamos.
(*Poniendo mano á su espada.*)

D. PEDRO. ¿Qué es eso?

TOMAS. ¿A reñir no habeis venido?

D. PEDRO. ¡No es Gil! (¡Oh, me habrá vendido!)
Caballero, yo os confieso...

TOMAS. Esa voz... estoy soñando.

D. PEDRO. Perdonad; os tomé á vos
por otro; quedad con Dios.

TOMAS. ¡No os ireis!

D. PEDRO. ¿Qué estais hablando?

TOMAS. No, de aqui no os movereis
sin que quién sois me digais.

D. PEDRO. (Qué apuro.) Si os empeñais...

TOMAS. Sí, por Dios.

D. PEDRO. Pues lo sabreis.

Yo soy don Pedro Zapata.

TOMAS. ¡Téngame Dios de su mano!
Ese que nombras, villano,
murió á manos de un pirata.
Sí, y ese nombre me prueba
que eres quien buscando voy.

D. PEDRO. Yo soy don Pedro.

TOMAS. Y yo soy
Tomas Ruiz de Villanueva.

D. PEDRO. ¡Oh!

TOMAS. ¿Di, qué has hecho, traidor,
del nombre que yo te dí?
¿Qué es lo que has hecho por mí?
¿Qué es de la hija de mi amor?

D. PEDRO. En el castillo.

TOMAS. ¿En poder
del conde?

D. PEDRO. Sí.

TOMAS. ¡Miserable!
Este enredo abominable
llego al fin á comprender.
Reza, si es que sabes algo
con que dirigirte á Dios.

(*Tomas y don Pedro forcejean mientras hablan los otros.*)

D. JUAN. No oigo bien, pero son dos.

(*Va á salir, y Elena le quiere tener.*)

ELENA. ¿Dónde vais?

D. JUAN. Al campo salgo.
Me esperan para reñir,
y otro toma mi lugar.

ELENA. Tened.

D. JUAN. ¡No!

(*Sale don Juan de la ermita, y Elena tras él.*)

TOMAS. Vas á acabar,
como has querido vivir.

D. PEDRO. ¡Ah! (*Cayendo.*)

(*Mientras don Juan, y Elena detras salen, aparece Juan con gente.*)

ESCENA XI.

TOMÁS. DON PEDRO. JUAN. VARIOS CONTRABANDISTAS.

JUAN. Ese es don Juan. (*Señalando á Tomas.*)
TOMAS. ¡Tal traicion
me sospechaba!
JUAN. Ea, atadle
pronto; al castillo llevadle.
UNO. Mira.
JUAN. (*Mirando.*) ¿Qué...? soldados son.
Vamos pronto. (*Vanse.*)
D. JUAN. (*Saliendo.*) ¿Adónde estan?
¿Mas si es él? (*Viendo á don Pedro.*)
D. PEDRO. ¡Ah, el capitan!
D. JUAN. ¡Don Pedro aqui!
D. PEDRO. Huid por Dios:
se llevan á otro por vos.
D. JUAN. ¿Adónde?
D. PEDRO. Al castillo van.
D. JUAN. Antes que lleguen...
(*Va á seguirlos; y Elena le detiene.*)
ELENA. ¿Qué haceis?
D. JUAN. Seguirlos.
ELENA. Seguidme á mí,
si llegar antes quereis.
D. JUAN. ¿Y por dónde?
ELENA. Por aqui.
(*Abre la cruz, y éntranse al tiempo que don Pedro, toca, arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento. — Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Salon del castillo llamado *Palacio Moro*, que habita el conde. Puerta á la derecha, y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Cielos, ¿qué va á ser de mí
en esta mansion fatal?
¿Para tratarme tan mal
qué delitos cometí?
Sola, pobre y desvalida,
allá en oculta cabaña,
al amor y al mundo estraña,
pasaba feliz mi vida.
Huérfana, sí, mas dichosa,
sin deseo ni esperanza,
mi barquilla iba en bonanza
por la mar tempestuosa.
Largos años viví asi
cual silvestre pasionaria
que en campiña solitaria
nace y crece y muere allí.
¡Ay! ¿por qué de aquel desierto
me vinieron á sacar,
para echarme al negro mar
de este porvenir incierto?
¿Por qué de mi corazon
con impulso repentino
al cambiarse mi destino
se cambió la condicion?
De la soledad salí

y con fortunas soñé,
soñé con amor y amé,
mas ¡cuán desdichada fuí!
El interes vino en pós
del amor, ató el deber
mi voluntad... ¿cuál va á ser
el mas fatal de los dos?
¿El amor...? ileso, intacto,
puro en mi alma quedará.
¿El deber...? cumplido está,
padre cruel, vuestro pacto.
Mi padre, ¡ay Dios! Se figura
que en el oro y la grandeza
está la fé y la belleza,
el placer y la ventura.
El alma de la muger
asi, insensato, comprende,
y asi me entrega, me vende
al que mas llega á ofrecer.
Mas tócame ahora á mí;
él cumplió ya, era justo,
y ya no hay mas que mi gusto
ó mi desventura aqui.
Con nobleza elegiré,
pero mirando hácia atrás
no, no romperé jamas
mi palabra ni mi fé.

ESCENA II.

ISABEL. EL CONDE.

CONDE. Buenas noches.
ISABEL. ¿Qué quereis?
CONDE. Bella pregunta á fé mia:
¿no os lo dije á medio dia?
(*Cierra la puerta por dentro.*)
ISABEL. ¿Qué haceis?
CONDE. Cerrar, ¿no lo veis?
Mi palacio esquiva, y fiera
desdeñásteis hasta ahora
habitar como señora;

sois pues en él prisionera.

ISABEL. ¡Y con cuán negra traicion
lo habeis al fin conseguido!

CONDE. Las cosas se hacen sin ruido
mejor y con precaucion.
El vulgo me odia, lo sé,
y si el plazo hubiera roto,
armara necio alboroto,
por eso un año aguardé.
Ahora escucha atentamente
la suerte que te prevengo,
y lo que á decirte vengo
piensa bien, y sé prudente.
De hoy no ha de verte ni el sol,
no; dentro de estas murallas
como en un sepulcro te hallas;
pasará por el crisol
de esta eterna soledad
tu amor y tu fortaleza;
y tu llanto y tu belleza
jamas obtendrán piedad.
Entre peligros viví,
crecí entre sangre y horrores,
y amenazas ni clamores
nada alcanzarán de mí.
Mi amor, mi fé, mi esperanza
al fin de una y otra injuria
tornaranse en odio, en furia,
en sed de fatal venganza.
Cederte á otro hombre despues
de aguardarte un año entero,
es imposible, prefiero
verte sin vida á mis pies.
Con que elige bien, y aparta
sueños de fé y de virtud;
ó esta estrecha esclavitud,
(si antes de ella no se harta
mi paciencia), ó con tu amor
pagar voluntaria el mio;
dejo el ser á tu albedrío
tu galan ó tu señor.
El mundo es grande, Isabel;

yo te idolatro, te adoro;
con mi brazo y con mi oro
buen lugar tendrás en él.
Y puedo hacértele tal
cuando admitas mis promesas,
que te envidien mil princesas
tu regia pompa oriental.

ISABEL. ¿Habeis concluido?

CONDE. Sí.

ISABEL. Pues vuestras ofertas todas
cual la farsa de mis bodas
serán miradas por mí.
Esta mañana rehusé
llegarme al profano altar,
y no habré de renegar
esta noche de mi fé.
Nací entre peñas, crecí
de pobreza entre rigores,
y amenazas ni clamores
nada alcanzarán de mí.
Mi amor, mi fé, mi esperanza
firmes á halago y á injuria
sabrán despreciar tu furia
y arrostrar tu vil venganza.
Oye pues: todo tu afan
es en vano; yo le adoro,
y no vale todo tu oro
un cabello de don Juan.

CONDE. ¿Esa es tu respuesta?

ISABEL. Esa es,
sí: ¿despues de un año entero
ser tuya? jamas: prefiero
caer sin vida á tus pies.

CONDE. Caerás, sí; pero no esperes
que así tu vida concluya,
porque irá antes de la tuya
la de ese á quien tanto quieres.

ISABEL. Mi constancia y su constancia
en el bien como en el mal,
siempre firmes por igual
se mofan de tu arrogancia.

CONDE. Veremos si tu entereza

á tanto heroismo alcanza,
ó si cede la balanza
al peso de su cabeza.

ISABEL. Me río de esa villana
amenaza que te inspiró
quien te inspiró la mentira
del papel de esta mañana.

CONDE. ¡Necia! ¿mientas el papel,
y aun conservas confianza?
Pues disipa la esperanza
que concebiste por él.
Aprende lo que no sabes,
y aprendiendo á conocerme,
decídete á obedecerme
y tu situacion no agraves.
¿Piensas que al plazo faltó
tu constante capitan?
No, burló todo mi afan;
daba aún las doce el reló
cuando él acudió á la cita.

ISABEL. ¡Cómo!

CONDE. Mas fia en su brio
el necio, y mi desafio
admitió.

ISABEL. ¡Infamia inaudita!

CONDE. De noche, y en despoblado,
y solo prometió ir.

ISABEL. ¡Cielos!

CONDE. Puedes presumir
que habré mi gente apostado.

ISABEL. ¡Hombre vil!

CONDE. Óyelo todo:
mandé, haga ó no resistencia,
que desde allí á mi presencia
le traigan de cualquier modo.
Ahora, creas ó no creas
de grado lo que te digo,
de ello vas á ser testigo,
y creerás cuando lo veas.
(*Óyese un clarin.*)
Oye; esa la señal es
para franquear el rastrillo;

ya estan al pie del castillo,
decídete pronto pues.
Y no te andes con perezas,
porque juro, vive Dios,
que eliges una de dos;
ó mi amor ó su cabeza.

ISABEL. No puede mi alma con tanta
increible atrocidad:
tu fria ferocidad,
monstruo pérfido, me espanta.

CONDE. Esperé, callé y sufrí
mientra el plazo se cumplia,
y al castillo te traia
sin dar sospechas de mí.
De hoy todo será traicion;
y ese vulgo que murmura
creerá mansion de ventura
la que será tu prision.
Mas suben, ya estan aquí.

ESCENA III.

ISABEL. EL CONDE. JUAN.

CONDE. ¡Hola! ¡eres tú!

JUAN. Sí, yo soy.

CONDE. ¿Traes al capitan?

JUAN. Le traigo.

CONDE. Ya lo ves. (*A Isabel.*)

ISABEL. ¡Cielos!

JUAN. (*Aparte al conde.*) Señor,
echad ahora esos imbéciles
amoríos á un rincon;
y pensad en lo que importa.

CONDE. ¿Qué hay pues?

JUAN. Huyamos, sino
todo el valle á desplomarse
va muy pronto sobre vos.

CONDE. ¡Cómo!

JUAN. De tropas y hogueras
cercado está en derredor.

CONDE. Tengo mi barco en la costa,
que há dos dias que fondeó

en esas rocas vecinas.

JUAN. Mas ved que un enjambre son.

CONDE. Serénate, Juan, no temas,
que tal lo he dispuesto yo
que por entre ellos pasemos
como por un vidrio el sol.

JUAN. No lo sé.

CONDE. Habrá algunos tiros,
habrá un cadáver, ó dos;
mas tras el primero á tierra
saldrá mi tripulacion,
y habrá al mismo tiempo fuego
de babor y de estribor.
Tiempo há que he determinado
salir de este boqueron,
pero saldremos despacio,
con botin y con honor.
Ve, Juan, que todo esté á punto
para el despuntar del sol;
mi barco aguarda esa hora.

JUAN. Cumpliré mi obligácion.
Mas de ese don Juan, ¿qué hacemos?

CONDE. Que aguarde un punto, vé.

JUAN. Voy.

ESCENA V.

EL CÓNDE. ISABEL.

CONDE. Ya lo ves, está en mis manos;
firme es mi resolucion,
y única; elige, Isabel,
ó su cabeza ó mi amor.
No mas misterios, no mas
disimulos ni ficcion:
necia honradez, medianía
servil no te ofrezco yo.
No una alquería en un valle,
y un olivar que agostó
el abandono de un año,
y una lanza y un bridon
con un corazon voluble
que tal vez otra secó,
no, yo te ofrezco un tesoro

de libertad y de amor:
todo el imperio del mar
que rey ninguno acotó,
y donde soy con mi barco
mas grande que el rey mayor.
Nada habrá que te se antoje
que darte no pueda yo:
si el mar te cansa, de tierra
puedo darte, no un rincon
donde vivir olvidada,
sino el palacio mejor.
La opulencia de los ricos,
del noble la ostentacion,
y toda la altanería
del lujo fascinador.
Si Europa no da á un valiente
acogida y proteccion,
un nuevo mundo en América
se nos abre ¡vive Dios!
Allí está virgen la tierra
esperando á su señor,
y conmigo su conquista
dividirá el español:
que harto mi brazo y mi oro
valen en contra ó en pró
para que no los acepte,
ó esclavo ó conquistador.

ISABEL. Basta, insensato, de ofertas
que solo quimeras son.
¿Crees tú que estan mis oidos
insensibles á la voz?
¿Piensas que la de ese esclavo
en ellos no resonó?
Va á desplomarse, te dijo,
todo el valle sobre vos:
palideciste al oirle
decir que un enjambre son,
y mi corazon oyéndolo
de gozo se estremeció;
y firme, como la tuya,
es ya mi resolucion.

CONDE. Pobre insensata, cual siempre

te engaña tu corazon;
mi barco tengo en la costa,
cuanto tengo de valor,
mis tesoros, mis secretos,
en él se depositó
con cauteloso sigilo
y esquisita precaucion.
A mi poder y á mi dicha
solo me falta el amor;
una muger, que eres tú,
y sin la cual no me voy.

ISABEL. Primero que del pirata
la opulencia acepte yo,
hágame un esclavo vil
pedazos el corazon.

CONDE. Mira que á don Juan sentencias.

ISABEL. A mi honra y á su valor
mejor nos está morir
que verme en tus brazos.

CONDE. ¡Oh!
¡un mundo entero no pudo
arrostrar mi indignacion,
y hoy una débil muger
osa arrostrar mi furor!
Piénsalo bien, cierva presa
en las garras del leon.

ISABEL. Piensa tú que de tu cueva
se apiñan en derredor
lobos que huelen la sangre
de quien pavura les dió.

CONDE. Mira que no hay esperanza.

ISABEL. Yo he puesto la mia en Dios.

CONDE. Por última vez, ¿aceptas?

ISABEL. Por la vez última, no.

CONDE. Sea, y cúlpate á tí sola
de la suerte de los dos.
Teneis de vida un minuto,
y aqui, este mismo salon
será de entrambos sepulcro
ó templo de nuestro amor.

ISABEL. (*De rodillas.*)
El cielo que me dió fuerzas,

para tal resolucion,
hará que á cabo la lleve,
ó será mi protector.

CONDE. (*Con mofa.*)
¿Quién dentro de estas murallas
podrá protejerte?

ELENA. (*Saliendo por la puerta falsa.*) Yo.

ESCENA V.

EL CONDE. ISABEL. ELENA.

(*Elena se coloca entre Isabel y el conde: Isabel continúa de rodillas.*)

CONDE. ¡Qué es esto, cielos! Elena.

ELENA. Sí, bárbaro, Elena soy.

CONDE. Espectro horrendo, ¿qué quieres?
¿quién ante mí te evocó?
¿por qué del sepulcro sales,
enemiga aparicion?

ELENA. Deliras, Cain, deliras;
no soy un espectro, no:
vivo, y me guárda tu estrella
para ser tu salvacion.

CONDE. Mi bala no ha errado nunca.

ELENA. Pues en la Cabrera erró.

CONDE. ¡Sin duda estoy siendo víctima
de una pesadilla atroz!

ELENA. Acabemos de una vez,
y sal, Cain, de tu error.
Ya no tienes en el mundo
mas esperanza que yo.

CONDE. ¡Tú!

ELENA. Sí, todos te abandonan;
mas si audaz resolucion
tomas, aun puedes salvarte
huyendo conmigo.

CONDE. No.

ELENA. Eso es lo que aun ofrecerte
puede quien tuvo valor
para vivir junto á tí

en escondido rincon
dos años en este valle;
sí, quien te guardó hasta hóy
en vez de infame venganza
la fé de su corazon.
Y esto es lo que va á ofrecerte
otro enemigo mayor
en este momento mismo
y con igual condicion.

CONDE. ¿Quién?

ELENA. Don Juan.

CONDE. ¡Necia! ¿Ese engaño
crees que me infunde pavor?
Don Juan está en mi poder;
y ahora mismo, al de mi voz,
ante vuestros mismos ojos
voy á ponerle.

(*Asoma don Juan mientras Cain se dirige á la puerta contraria.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON JUAN, saliendo por la puerta secreta.

D. JUAN. Aqui estoy.

ISABEL. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Isabel! (*Abrázanse.*)

CONDE. ¿Qué es esto?

D. JUAN. (*Viendo al conde.*)
¡Qué veo! ¡Dios vengador!
¡Mi padre!

CONDE. ¿Ese hombre, es don Juan?

D. JUAN. ¡Noche de condenacion!
Yo soy don Juan, soy Rodulfo.
¡Capitan, vuestro hijo soy!
que salí de la Cabrera
para infierno de los dos.

CONDE. ¡Oh rabia!

ELENA. ¿De la Cabrera?

D. JUAN. Allí ese hombre me dejó.

ELENA. Dióme allí un mancebo amparo,
y una lancha salvacion.

D. JUAN. ¿En la Cabrera?

ELENA. Sí.

D. JUAN. ¡Entonces
ese mancebo soy yo!

ELENA. Sí.

CONDE. ¡Todo lo entiendo ahora!

D. JUAN. Y yo tambien, ¡vive Dios! (*Desesperado.*)
yo tambien, que del destino
bajo fatalismo atroz
he sido siempre el juguete
desde la hora en que vi el sol.

CONDE. (¡Oh dicha! pues el destino
á todos me los juntó,
de todos me libro á un tiempo.)
Rodulfo, tienes razon,
el uno en contra del otro
la suerte nos colocó,
y es fuerza sacrificarse
uno de ambos por los dos.

D. JUAN. Partámonos uno de otro,
padre, dejadme mi amor,
y huid mientras teneis tiempo
y yo quedo tras de vos.
Si mi fuerza ó mis engaños
os consiguen salvacion,
para siempre separémonos,
y que nos ayude Dios.

ELENA. ¡Qué historia espantosa es esta
que á mis celos escapó!
Cain, tan negro misterio
no cabe en mi comprension.
¿Es hijo tuyo ese hombre?

CONDE. Muger, cierra el labio.

ELENA. No;
fuerza es que se aclare todo
este misterio de horror.

CONDE. Pues bien, aclárese al punto,
porque ahora mirando estoy
que si ese es don Juan, hay otro
que su lugar usurpó.
¡Hola! traed á ese.

ESCENA VII.

DICHOS. JUAN. TOMAS. PIRATAS.

JUAN. Aquí está.
CONDE. ¿Quién eres tú?
TOMAS. Tomas soy.
CONDE. ¡Gracias, fortuna! Salid.
(*Vase Juan y los que con él han salido.*)

ESCENA VIII.

CONDE. TOMAS. DON JUAN. ELENA. ISABEL.

CONDE. ¿Quién manda mi barco?
TOMAS. Yo.
CONDE. ¿Está en la costa?
TOMAS. Está allí.
CONDE. Y á buscarme vienes.
TOMAS. Sí.
CONDE. ¿Para que partamos?
TOMAS. No.
CONDE. ¡Cómo!
TOMAS. Escúchame, pirata;
acabo á uno de matar
el bosque al atravesar.
CONDE. ¿A quién?
TOMAS. A Pedro Zapata.
CONDE. De un bribon nos has librado.
TOMAS. Sí, mas en otra ocasion
conocí yo á ese bribon,
y todo me lo ha contado.
CONDE. ¿Y qué?
TOMAS. Por él supe allí
que la única hija mia
que encomendado le habia,
está en tu poder aquí.
CONDE. ¡Tu hija!
TOMAS. Él hizo papel
de padre suyo en mi nombre.
ISABEL. No era mi padre aquel hombre.
CONDE. ¡Es hija tuya Isabel!
TOMAS. Sí.

ISABEL. (*Arrojándose á sus brazos.*)
¡Padre!
TOMAS. (*Idem.*) Hija mia. Ahora
pirata, no mas doblez,
no mas ficcion; á tu vez
de Dios tu perdon implora.
ELENA. ¿Aun hay mas misterios?
TOMAS. Sí.
Ya mi hija, mi afan logré,
mi hija, que la causa fué
de mi silencio hasta aqui.
Veinte años há que te sigo
de tu barco en el encierro,
veinte años que como un perro
camino y duermo contigo
por eso; ahora el dueño soy
de tu mas fatal secreto,
y por verte en él sujeto
héme afanado hasta hoy.
CONDE. Guárdalo, esclavo, hasta el fin,
como hasta aqui lo has guardado.
TOMAS. Mas de seis años forzado
lo guardé en tu bergantin:
no, tú los lazos has roto
con que á callar me obligabas,
Cain, cuando me dejabas
esclavo de tu piloto.
Temistes que cuando en tierra
saltara te venderia;
pensastes bien, este dia
llegó, que tanto te aterra.
¿Te acuerdas, feroz pirata,
de aquel horrendo abordage
con que distes fin al viaje
de una peruana fragata?
Con vida tan solo alli
quedamos un niño y yo.
CONDE. ¿Y quién os la concedió?
TOMAS. Tú; pero ¿á qué precio, di?
Siendo parte de tu bando
y los rayos de la ley
con tu sanguinaria grey

sobre nosotros llamando.
Te la compramos, ¡par diez!
él con su fortuna entera,
con su suerte venidera,
yo con toda mi honradez.

CONDE. Basta, traidor, basta ya.

TOMAS. ¡Lo que adivinas te espanta!

CONDE. No saldrá de tu garganta
lo que resta.

TOMAS. ¡Oh si saldrá!

CONDE. Primero que lo pronuncies
tendrá cabo tu existencia.
¡Hola!

(*Va á salir, y Tomas, acudiendo antes que él á la puerta, pasa el cerrojo y se coloca delante de ella.*)

TOMAS. A toda resistencia
es forzoso que renuncies;
no en vano á la fuerza apeles,
tu barco al rey he vendido.

CONDE. Traidor.

TOMAS. Y le he remitido
tu tesoro y tus papeles.

CONDE. ¡Oh furia!

TOMAS. Y por concluison
envié escrita de mi mano
del abordaje inhumano
una exacta relacion.
No hay pues para tí, Cain,
ni remedio ni esperanza,
que te aprestó mi venganza
en un cadalso tu fin.

D. JUAN. Eso jamas, ¡vive Dios!
Mi padre le hizo el destino
y yo le abriré camino,
ó moriremos los dos.

ELENA. Y antes que á trance tan cruel
le lleve tan vil traicion,
pisarán mi corazon
para llegar hasta él.
Capitan, por cuanto caro
tengais en el universo
que en un trance tan adverso

no le dejeis sin amparo.
Habeis en su compañía
por largo tiempo vivido,
su fortuna habeis seguido,
y por su sangre os quería.

D. JUAN. ¡No por Dios! aunque me afrente,
su sangre no negaré.
(*Al conde.*)
Vuestro lugar tomaré,
y mientras secretamente
por ese oculto camino
salís al campo los dos,
yo me quedaré por vos
á arrostrar vuestro destino.
Tomad y huid.

(*Le ofrece su espada. Tomas se va á acercar. Don Juan se dirige á él con nobleza.*)

TOMAS. ¡Tente!

D. JUAN. (*A Tomas.*) Atrás.
Si tú vengas tu opresion,
yo cumplo la obligacion
que hay en mi sangre, Tomas.

TOMAS. ¡Rodulfo!

D. JUAN. Si das un paso
para tocarle un cabello,
Tomas, por todo atropello;
tente á tu vez, ó te abraso.
(*Con una pistola.*)

ISABEL. ¡Padre! ¡Don Juan!

D. JUAN. Id, volad.

TOMAS. Pues bien, noble corazon,
aprende la obligacion
de tu sangre en realidad.
No es la de ese monstruo fiero
la que corre por tus venas,
no; él colgó en sus entenas
á tu padre verdadero.

D. JUAN. Y ISABEL. ¡Oh no es mi / su padre ese hombre!

TOMAS. No. Abordó nuestra fragata,
y dejó de ser pirata

con su título y su nombre.

(*El pirata lo oye todo con calma y fiereza.*)

D. JUAN. ¡Ira de Dios!

TOMAS. Y ve aquí
la venganza que apresté;
sí, cuando en ella pensé
pensé en tu padre y en tí.

D. JUAN. (*Volviendo la pistola que tiene en la mano al Pirata.*)
Cúmplase pues... reza, infame,
tu postrimera oracion.
(*Presentando el pecho.*)

CONDE. Tira, aquí está el corazon:
no creas, no, que reclame
ni clemencia ni piedad
la fiereza del pirata,
que no eres tú quien le mata,
sino su fatalidad.
Tira: esa ha de ser mi suerte,
de una ó de otra manera;
con que venga como quiera,
nunca he temido la muerte.

ELENA. Perdon, capitan.

ISABEL. Perdon,
don Juan.

TOMÁS. Tente; á la justicia
toca, y arguye malicia
impedir su obligacion.

(*Se oyen voces dentro, y luz de antorchas por detras de la ventana. Algunos tiros muy á lo lejos.*)

CONDE. ¿Mas qué es esto?

TOMAS. Ya lo ves,
cercado el palacio está.

CONDE. Mas mi gente lidiará,
vive Dios.

TOMAS. Inútil es;
no se trata de batallas
ni abordages, y aplicado
habrán prontos decontado
escalas á las murallas.

JUAN. (*Dentro.*) ¡Capitan!

CONDE. (*Asomando á la reja.*) ¿Quién va?

JUAN. (*Dentro.*) Salid
pronto, que ya los soldados
tienen los puentes forzados
y huye mi gente; venid.

CONDE. Mis dueños sois, responded;
mandad lo que os venga á tino;
yo arrostraré mi destino,
pero sin pedir merced.

TOMAS. (*A la reja.*)
Rendíos á discreccion,
no hay mas remedio ni espacio,
porque he vendido el palacio.
(*Vocería lejana.*)

ELENA. (*De rodillas.*)
Perdon, capitan, perdon:
os hizo una injuria cruel,
mas tambien os dió la vida,
y me teneis prometida
la suya, por Isabel.
¡Oh! teneis tiempo y favor:
sed generoso, don Juan;
no atropelleis, capitan,
vuestra palabra y mi amor.

CONDE. Alza y no ruegues villana,
y pues que tanto me quieres
vamos á ver cómo mueres
como buena Siliciana.

ELENA. Ah, rendíos capitan;
veo que en vuestra nobleza
la ruindad y la grandeza
luchando en silencio estan.

D. JUAN. No, no: él en su barco á mí
guardóme y me protegió:
con mal no he de pagar yo
el bien que dél recibí.
(*Por la puerta secreta.*)
Sea: partid, por aquí;
tal vez en la oscuridad
podeis, la ermita ganad,
y estad ocultos allí.
Si mañana ambos á dos
vivís, un barco tendreis

para que á la vela os deis.
Id, y que os ayude Dios.

ELENA. ¡Oh! dejad que á vuestros pies...

D. JUAN. Id, que me estais dando afan.

CONDE. Gracias, y á Dios, capitan.

D. JUAN. No os detengais.

CONDE. Vamos pues.

ESCENA IX.

DON JUAN. ISABEL. TOMAS.

(*Tomas quiere hablar. Don Juan le ataja la palabra.*)

D. JUAN. Tomas, ninguna objecion
admito: cumplí y cumpliste:
tú con mi padre, debiste,
y yo con mi corazon.
No pensemos mas en él,
y solo el placer gocemos
de ver que entrambos tenemos
nuestra dicha en Isabel.

TOMAS. ¡Honra tamaña, señor,
á nuestra humildad villana!

D. JUAN. Todo tu lealtad lo gana,
todo lo iguala el amor.
(*Ruido en el paso secreto.*)
¡Mas qué ruido...! ¿volverá
ese hombre? Llegan. ¿Quién va?

ESCENA ÚLTIMA.

EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS aparece por la entrada del camino subterráneo, seguido de algunos SOLDADOS con armas y antorchas.

CAPITAN. Yo.

D. JUAN. ¿Y quién de esa galería
os mostró el paso profundo?

CAPITAN. Un hombre que moribundo
al pié de la cruz yacía.

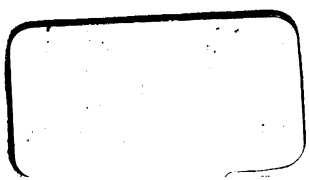
D. JUAN. ¡Oh! ¿y los hallásteis?

CAPITAN. Los dos
despechados resistieron.

D. JUAN. ¿Se salvaron?

CAPITAN. No, murieron.

D. JUAN. ¡Ay! ¡Fué justicia de Dios!

FIN DEL DRAMA.

63645452